

**“Es que el caso no es cumplir o incumplir sino hacer mejor las cosas”: Construcción de prácticas y formas locales de manejo de los recursos en el marco de programas de caficultura orgánica en la vereda Boquerón, Sierra Nevada de Santa Marta.**

Monografía de grado  
Universidad del Rosario  
Escuela de Ciencias Humanas  
Programa de Antropología  
Directora de monografía: Diana Bocarejo Suescún

Presentado por:  
Juliana Valdés Pereira  
Semestre II de 2018.  
Bogotá, Colombia

## Tabla de contenido

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	2
Consideraciones metodológicas.....	14
<b>CAPÍTULO 1</b>	
<b>FORMAS DE MANEJO Y MANUTENCIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES ALREDEDOR DE LAS QUEMAS AGRÍCOLAS Y LA CACERÍA</b> .....	17
“Yo necesito tener mis potreros, tener mis rositas donde yo pueda quemar porque yo también necesito comer” .....	20
“Es que si yo tengo carne en la casa, y no me afecta en nada el animalito, ¿yo para qué me voy a ir a cazar una pava de esas?” .....	36
<b>CAPÍTULO 2</b>	
<b>REPENSAR LOS PLANES ORGÁNICOS EN EL DÍA A DÍA Y LA CORRESPONSABILIDAD EN EL MANEJO DEL AGUA</b> .....	49
“Debería ser más por la forma de producción, pero lo orgánico se refiere es a ese proceso, más a buscar esa calidad” .....	52
“Vea niña es que si se afecta aquí [el agua] pues la persona que vive más abajo ya no la puede consumir” .....	67
<b>CONCLUSIONES</b> .....	78
<b>REFERENCIAS</b> .....	89

## Índice de imágenes

- Imagen 1. Ubicación de la vereda el Boquerón señalada con un indicador rojo. Mapa tomado de Google Maps Pág. 4
- Imagen 2. Yuca roída por los ñeques que comenzó a podrirse por el sol y la lluvia. Pág. 40
- Imagen 3. Proceso de secado a “asoleado” del café en almendra. Pág. 55
- Imagen 4. Selección manual de café seco de trilla. Pág. 55

*En memoria de Etelvina Robles Costa,  
la mujer que aún vive en las raíces de la Sierra.*

## INTRODUCCIÓN

El frío de la tarde llegaba hasta nosotras mientras Sandra molía en el viejo molino el café ya tostado. Con las manos ya cansadas de las labores del día introducía los granos en la boca del molino. El ruido del café partiéndose invadía nuestra conservación sobre la caficultura y el futuro de sus hijos en la vereda. “Es que el café, esté bueno o esté malo, siempre hay quien lo compre y eso de ahí sale una ayuda; pues imagine con orgánicos” me decía Sandra mientras movía con fuerza el molino. Para ella, los programas de caficultura orgánica han sido una gran ayuda para su familia. Sin embargo, aún con todas las ayudas que brindan hay periodos duros en los que el dinero y la comida no son suficientes. Boquerón es una vereda de la cuenca del Río Piedras perteneciente al cinturón cafetero de la Sierra Nevada de Santa Marta. En la actualidad, aquí viven aproximadamente veinte familias campesinas en fincas que se encuentran más o menos a dos horas de camino la una de la otra. Desde las épocas de colonización campesina en los años cuarenta, las posibilidades de permanecer aquí han estado ligadas al trabajo de las tierras para el cultivo y la cosecha del café para su venta. Aquí, la mayoría de campesinos vienen de familias caficultoras del interior del país que llegaron en la década de los cuarenta a la región. El café ha sido una de las principales fuentes de ingresos, pero también un producto desde el cual se ha organizado la vida campesina.



**Imagen 1. Ubicación de la vereda el Boquerón señalada con un indicador rojo.**

**Mapa tomado de Google Maps.**

Para Sandra, ser productor orgánico de café es duro. Las condiciones son muy estrictas y a veces o se pueden cumplir al pie de la letra las normas que están en los contratos. En esos casos, como ella misma dice “[el caso] no es [cumplir] o incumplir sino hacer mejor las cosas”. En el momento no entendí a qué se refería con “hacer mejor las cosas”. Sin embargo, con el paso de los días esta idea se haría más clara. Pasadas varias noches los hombres de la casa se vieron en la necesidad de poner unas trampas para los ñeques, unos animales de monte, en los cultivos de yuca, frijol y maíz de los cuales se alimenta la familia. La comida era poca y estos animales estaban trozando los cultivos que había disponibles. Se me hizo raro que, a pesar de ser productores orgánicos, continuarán cazando pues en estos programas la cacería se encuentra prohibida. “Es que con eso uno se ayuda”, me contestó Sandra. Con esto no sólo podrían obtener carne para comer, sino que también podrían frenar el daño a los cultivos. Quizás a estas soluciones y posibilidades que se tienen es a lo que Sandra se refería con “hacer mejor las cosas”, es decir, a buscar maneras o formas de manejar las situaciones y los recursos de manera tal que puedan seguir viviendo, comiendo y cultivando en el Boquerón.

A medida que pasaba más tiempo en la vereda, esta situación se repetía en varios lugares tanto con la cacería, como con la quema, como con el café mismo. Por esta razón, en esta tesis me intereso por comprender las formas de “hacer mejor las cosas” en el marco de los programas orgánicos en Boquerón. Esto con el propósito de entender las formas en las que se definen, se apropian, se resignifican y se practican los planes de caficultura orgánica y sus normas en el día a día. Me interesa mostrar las ambigüedades, límites y discusiones frente a qué se puede hacer mejor en la producción de café, de pancoger y en la cacería, que responden a diversos contextos históricos y dinámicas socio-ambientales tales como: cambios en los precios del café, opciones de venta de otros cultivos, periodos de sequía, cambios drásticos en el clima, cambios en la productividad de la tierra, pérdida de semillas, entre otros. Todos estos, elementos que han definido las posibilidades de los campesinos de seguir viviendo en un lugar como Boquerón.

Los programas orgánicos suelen presentarse desde la visión institucional como una de las posibles soluciones ante los problemas de degradación ambiental y la falta eficiencia de los

sistemas de productividad campesina. Estos programas no sólo se presentan como una estrategia que promueve la conservación de los recursos, sino que también se establece que esta puede permitirle a los campesinos obtener resultados positivos y sostenibles a futuro. En consecuencia, alrededor de esta visión se han formulado una serie de principios, normas y estándares que los asociados a estos programas tienen que cumplir y seguir en cuanto a: el manejo de insumos químicos, manejo de agua, tratamiento de los animales e inclusive la realización de quemas agrícolas.

Estos programas, al presentar las formas de producción existentes como ineficientes, parecen ignorar la manera en que estas se han constituido y cómo alrededor de estas se desarrollan formas particulares de relacionarse con el ambiente, de cultivar y de construir lo que implica “hacer mejor las cosas” como, por ejemplo, manejar bien el agua para mantenerla limpia, cazar solamente ciertos animales, realizar quemas de manera controlada y seguir ciertas medidas de precaución, entre otros elementos. En pocas palabras, las maneras que los campesinos han construido para poder seguir realizando ciertas actividades, con ciertos límites y precauciones, guiados por los programas orgánicos, pero también por lo que para los productores de Boquerón ha sido y es necesario para vivir, habitar y cultivar aquí.

En ese sentido, la justificación de esta tesis se enmarca en la necesidad de contribuir a comprender de manera mucho más profunda las relaciones que se tejen entre las prácticas que se plantean desde los planes orgánicos y las prácticas locales en el marco de los programas de desarrollo. Así, particularmente, y como se verá a continuación, lo que se busca es contribuir a sobrepasar o ir más allá de los planteamientos que sostienen que esta relación simplemente ondula entre procesos de dominación y de resistencia. Todo esto, mostrando las complejidades, estrategias diversas, ambigüedades y motivaciones que en estos emergen, y que, no pueden simplemente reducirse a esta relación dicotómica. Particularmente, para abordar esta relación me centro en dos problemas que son claves en el marco de un proyecto que se plantea como una forma de mejorar la degradación ambiental en zonas de habitación campesina y los sistemas de producción de estas personas. Problemas que se abordarán cada uno en un capítulo de esta tesis.

En primera medida, en el marco de estos programas de desarrollo que se plantean estrategias ambientales, estas se normalmente establecen una serie de prácticas y medidas ancladas en nociones muy cerradas de conservación. Particularmente, en la idea de que la conservación debe consistir en el alejamiento de la naturaleza de la actividad humana o su protección a cabalidad de las actividades productivas. Así, en el primer capítulo, el problema que abordo es cómo en la aplicación de estos programas de desarrollo se encuentran formas locales de manutención de los recursos que no necesariamente se compaginan con la definición de conservación anteriormente enunciada y con las cuales tendrán que entrar a relacionarse. Formas locales que, además, son fundamentales en el proceso de vivir aquí, de pensarse un futuro y una forma de producir en la vereda.

En segunda medida, abordo la relación existente entre conocimiento campesino y conocimiento experto o científico. En el marco de esta relación, el problema que me interesa plantear o desarrollar es cómo esta relación se ha pensado normalmente bajo la idea de dominación o resistencia, e inclusive de oposición, asimilación completa o simplemente rechazo. Elemento que no permite ver todos los encuentros que van mucho más allá de esto y cómo en el marco de esta relación se producen lógicas que son mucho más complejas y que van desde procesos de complementariedad como de co-construcción que les permiten a los campesinos seguir viviendo en estos espacios. Elementos que, de manera similar a lo que sucede con el caso anterior, es posible abordar desde la comprensión de las distintas formas de construcción de estas formas de “hacer mejor las cosas” por parte de los campesinos, que emergen en el marco de los programas orgánicos.

En consecuencia de lo anterior, en esta tesis me interesa argumentar que “hacer mejor las cosas” en el marco de estos programas y de lo que ha sido cultivar y vivir en Boquerón no solamente se centra en la producción sino también en la posibilidad misma de seguir viviendo en la vereda. En esta vereda, gran parte de la vida y de las labores cotidianas se han organizado alrededor de la producción de los cultivos de pancoger y de café. Esta forma de organizar las labores favorece que, en parte, “hacer mejor las cosas” en el marco de estos programas orgánicos se encuentre ampliamente ligado con las posibilidades de obtener una cosecha buena y de que se pueda alcanzar cierto bienestar económico. Sin

embargo, más allá de buscar que la cosecha sea buena o que se obtenga una buena retribución por el café, este “hacer mejor las cosas” busca también mantener la posibilidad de seguir cultivando, y de mantener prácticas y relaciones que construyen el día a día de los campesinos, y que son fundamentales para pensar la posibilidad de seguir viviendo aquí.

Anclado a lo anterior, mi contribución en este debate se centra en mostrar cómo en el marco de estos programas orgánicos, estas formas de “hacer mejor las cosas” no solamente dejan entrever las maneras en las que se ejecuta el plan para lograr esta buena producción. Adicionalmente, también dejan ver cómo en la implementación de estos planes, estas también son distintas formas de manejo de los recursos y de la localidad que influyen directamente en varios aspectos: la manera en la que se entienden los planes, las maneras en que estos se entienden e inclusive, las formas en las que estos se practican en el día a día. Todo estos, elementos que son claves para pensar como estas formas de “hacer mejor” más que ser estrategias de los campesinos para acoplarse a los planes orgánicos o buscar flexibilizar la normatividad, también son una forma que tienen ellos de construir- en el marco de estos programas- formas de continuar viviendo en un contexto marcado por cambios socio-ambientales tan fuertes como los que se muestran a continuación.

En Boquerón los campesinos cuentan como cuando llegaron y se asentaron sus padres, las tierras eran buenas, al igual que las cosechas de pancoger. En dos momentos del año, los campesinos realizaban las quemas agrícolas para preparar la tierra para los cultivos, para que estos crecieran “grandes y briosos”. Había comida de sobra y se podía compartir con los vecinos; la carne de monte era fundamental para complementar la comida de la familia, y se conseguía tras unas horas de cacería en el monte. No obstante, a pesar de que han podido vivir aquí cómodamente, los campesinos se han visto enfrentados a varias dificultades como: la falta de titulación de tierras, la entrada del paramilitarismo en la Sierra Nevada, la inserción de los discursos de conservación de los ecosistemas protegidos, la ocurrencia un avalancha (1999), un verano prolongado (2013 a 2015), cambios drásticos en el clima y en las temporalidades del café, altos y bajos en el precio del café, entre otras.

Entre los años 1980 y 2005, los cultivos de coca tomaron importancia en varias de las veredas de la Sierra Nevada y comenzaron a ser una fuente de ingresos para sus habitantes. Sin embargo, con las fumigaciones aéreas y la desmovilización Hernán Giraldo, el jefe paramilitar de la región, los cultivos de coca comienzan a ser erradicados. En Boquerón, al igual que en otras veredas, estos cultivos no eran tan abundantes, no había una base de control paramilitar en la zona, ni se produjeron enfrentamientos directos allí. No obstante, esta economía regional y el paramilitarismo tuvieron varios impactos en la vereda como: la reducción de mano de obra disponible para el café, el fuerte control de la zona bajo la figura de Hernán Giraldo, entre otros. En medio de una situación ya complicada, los campesinos tuvieron que comenzar a afrontar distintos cambios que afectarían de manera considerable la producción aún hoy en día.

Desde los años 1990 hasta el 2002, la vereda se enfrentó a las fumigaciones aéreas con glifosato que buscaban erradicar los cultivos de coca. Aunque aquí no se fumigó directamente, por aspersión aérea, el glifosato llegaría a gran parte de las fincas de la vereda. Desde esta época los campesinos comenzarían a ver la capacidad productiva de la tierra afectada, pues estas ya no producían tanto y las cosechas eran cada vez menores. Posteriormente, la situación iría complicándose aún más cuando a finales de 1999 una avalancha arrasaría con gran parte del café y de los lotes productivos que tenían los campesinos. Sorteando estas dificultades, los campesinos llegarían al año 2005. Con las fumigaciones finalizadas y aún sintiendo las consecuencias de la avalancha, las subidas y bajadas de los precios del café, junto con el aumento de los insumos para la producción, la mano de obra y la comida, hacen que hoy en día el dinero que se obtiene del café sea apenas suficiente, e inclusive que veces no lo sea, para llegar de año a año a la próxima cosecha.

A pesar de que estos cambios han afectado considerablemente las posibilidades de sustento y los medios a través de los cuales los campesinos han construido su vida aquí, aquellos que decidieron quedarse han tenido que encontrar formas para solucionar estas dificultades. Una de estas soluciones fue su incorporación en 2005 al programa Familias Guardabosques, que fue impulsado por la Agencia de Acción social durante el primer

gobierno de Álvaro Uribe en el marco de la guerra contra las drogas. El programa Familias Guardabosques en la Sierra Nevada tenía como objetivo promover varias cosas: reemplazar la economía de los cultivos ilícitos, promover relaciones entre las entidades estatales y los habitantes de las veredas y promover estrategias de construcción de paz.

En medio de la idea de reemplazar la economía de los cultivos ilícitos, este programa brindó incentivos a los campesinos por la erradicación voluntaria de la coca, al tiempo que promovió distintos proyectos de desarrollo alternativo como los planes de caficultura orgánica. Aunque en Boquerón la coca no era mucha, los campesinos buscaron activamente ser incluidos en estos planes, pues en ellos vieron una gran oportunidad de impulsar los cultivos de café que seguían siendo la fuente principal de ingresos para ellos. Así mismo, en estos programas ellos veían una forma de enfrentar las dificultades anteriormente mencionadas. No obstante, debido a las faltas de seguimiento y acompañamiento en el desarrollo de las alternativas propuestas y a la desarticulación institucional, este programa no se ejecutó ni continuó de manera efectiva.

A pesar de que Guardabosques no prosperó del todo, los programas de caficultura orgánica se mantuvieron e inclusive se fueron fortaleciendo en la vereda pues las ayudas que brindaban estos programas motivaron a muchos campesinos a entrar e inclusive permanecer en ellos. Para los caficultores de Boquerón, gracias a el sobreprecio que se les da a los productores por cultivar de manera orgánica- la prima orgánica- y el dinero que se les brinda para insumos y obras de infraestructura -prima social-, los asociados a estos programas han podido acceder a muchas cosas buenas. Algunos de ellos han podido arreglar sus fincas, mejorar sus viviendas para que la familia viva más cómodamente, tener un dinero extra en los momentos en que el precio del café está bajo, e inclusive llegar a tener electricidad en las fincas. Hoy en día a estos programas de caficultura se les agradece mucho, pues les han permitido a sus asociados mejorar sus condiciones de vida y alcanzar ciertos momentos de bienestar. No obstante, si bien han traído muchas cosas positivas, con los cambios que ha habido en la tierra, las cosechas y los precios del café, cumplir y seguir al pie de la letra las normas y estándares que estos programas proponen se ha hecho complicado.

Además de las transformaciones mencionadas anteriormente, con las bajas en la producción del café y las bajas cosechas, el camión mixto dejó de subir de manera constante a la vereda. Así mismo, varios vecinos se fueron y algunos dueños de finca comenzaron a vender sus fincas a personas interesadas en implementar zonas de conservación en la vereda. Así no solamente se fue la ayuda para los tiempos difíciles, sino que también se ha comenzado a desarrollar una fuerte incertidumbre y especulación sobre la posibilidad de que esta zona se convierta en un espacio de conservación ambiental. En esta situación, los pocos campesinos que quieren seguir viviendo aquí, han tenido que definir y construir sus posibilidades. Las esperanzas de los campesinos de continuar viviendo aquí están muy ligadas a la posibilidad de seguir viviendo del café y del pancoger. No solo porque son actividades que se han realizado desde hace mucho tiempo y vienen de una tradición familiar, sino porque son estas actividades las que les han permitido construir su vida en Boquerón.

En este contexto en el que conseguir la comida y acceder a ella se ha vuelto cada vez más complicado, las quemas agrícolas y la cacería han sido centrales para las familias campesinas pues estas se piensan como prácticas que brindan la posibilidad de seguir cultivando y poder conseguir alimento en la vereda. No obstante, gracias a que la Sierra Nevada de Santa Marta se ha constituido y pensado como un lugar de conservación cuyos recursos han de ser preservados, los programas orgánicos aquí han estado marcados y guiados por nociones de conservación de los recursos naturales. De allí que la quema y la cacería hayan sido catalogadas como actividades que no tienen permitido realizar los asociados a estos programas por las afectaciones que generan a la biodiversidad.

En el marco de este contexto complejo, desarrollaré mi análisis alrededor de las maneras de “hacer mejor las cosas” que han definido los campesinos alrededor de la quema y la cacería para sostener los cultivos de pancoger, al igual que su vida en la vereda. En el primer capítulo de esta tesis me intereso por comprender las maneras en que los campesinos re-significan, practican o, articulan o no, estas prácticas en el llamado de conservación que se hace desde las organizaciones orgánicas, y lo que ha sido vivir y cultivar en esta vereda.

Esto sin pretender borrar las ambigüedades, tensiones y contradicciones que existen alrededor de estas prácticas. En este primer capítulo, argumento que en el marco de “hacer mejor las cosas” los campesinos han desarrollado unas formas de manejo de la quema y la cacería en busca evitar verse afectados por estas dos actividades, pero también de mantener los recursos naturales. Así mismo, me interesa evidenciar cómo estas formas de manejo están definidas tanto por la necesidad de realizar las actividades, como por las relaciones que se tejen entre animales y campesinos, por ideas sobre qué recursos mantener, e inclusive por la necesidad de no ser sancionados.

Me interesa argumentar cómo desde pensar la conservación como un proceso en el cual mantener los recursos implica alejarlos de la actividad humana, no solamente se obvian las estrategias de control y manejo de los recursos que tienen los campesinos (Gutierrez et al., 2017; Eriksen, 2007); sino también las nociones de manutención de los recursos; las relaciones con los animales (Haraway, 2008; Van Dooren, 2013), los intereses y los gustos de los campesinos que median el manejo de los mismos. Así mismo, evidencio cómo estas formas de manutención de los recursos más que ser propuestas desde los programas orgánicos, surgen o son formuladas por los campesinos en el marco de los cambios que se producen en sus contextos, como estos planes o los discursos de conservación. Así, más que ser formas de manejo que buscan alejar a la naturaleza de las actividades agrícolas, estas buscan maneras más limitadas y controladas de utilizar los recursos naturales para que el campesino pueda utilizarlos, aprovecharlos y disfrutarlos tanto en el presente, como en el futuro.

Este proceso de definir las maneras de re-significar o de practicar la quema y la cacería representa uno de los principales retos que tienen las familias campesinas en los programas de caficultura orgánica. Sin embargo, no es el único. Más allá de establecer normas de manejo de los recursos, de los abonos y plantear nuevas formas de producir, estos programas también traen consigo una serie de estándares y conocimientos alrededor del café propuestos por las organizaciones orgánicas que tienen que ver con cosas como: el peso, el color, los proceso de lavado y de selección del café, e inclusive el manejo de sus

desechos. Estándares y conocimientos que entran a relacionarse con el conocimiento que los campesinos han desarrollado a lo largo de una vida de trabajo alrededor y con el café.

En ese sentido, en el segundo capítulo de esta tesis me interesa comprender las maneras en las que se relaciona el conocimiento de los campesinos con estas normas, estándares y conocimientos que se plantean desde las organizaciones orgánicas alrededor del café y sus desechos. En este capítulo argumento que en el encuentro que se produce entre el conocimiento campesino y las normas y conocimientos que provienen desde las organizaciones orgánicas, no solamente sucede que los campesinos adaptan, incluyen o complementan sus prácticas; o por el contrario, que entren en tensión y discutan con prácticas e ideas de estas organizaciones. Adicionalmente, estos encuentros permiten que los campesinos comiencen a repensar lo que implica ser un productor orgánico y lo que son los programas orgánicos; al igual que su responsabilidad en el manejo del agua, y en el bienestar del otro, en un lugar como El Boquerón. Para desarrollar este argumento, me concentro en estos encuentros alrededor de dos prácticas: “el ojo para el café” en los procesos de selección, y el manejo de aguas mieles y residuales derivadas del proceso de beneficio del café.

Aquí, lo que me permiten pensar el caso del café y el manejo del agua es que el conocimiento campesino no necesariamente es un elemento que hibrida o reinventa los elementos de otro tipo de conocimiento catalogado como “técnico” (Shepherd, 2006; Nygreen, 1999), en este caso, del conocimiento y estándares que se proponen desde los planes orgánicos. Así mismo, me interesa mostrar cómo este tampoco no es un elemento que, necesariamente, se opone radicalmente o resiste al conocimiento científico como afirman algunos autores (Lyons, 2014). Por el contrario, este capítulo me permite mostrar cómo el conocimiento campesino también se construye en estos encuentros, y cómo desde allí se construyen estrategias de gestión local de los recursos y de la localidad que median las formas en las que localmente se aplican y se piensan las implicaciones de los planes gubernamentales y no gubernamentales.

Finalmente, a manera de conclusión, se presentan algunas reflexiones sobre varios puntos. En primera medida, se recapitula lo que se argumentó a lo largo de esta tesis sobre la quema, el manejo de la fauna y el encuentro entre conocimiento campesino y conocimiento propuesto desde las organizaciones orgánicas. En segunda medida, desde allí, planteo algunas reflexiones sobre cómo pensar los programas orgánicos de cara a contextos como Boquerón. Acto seguido, se presentan algunas reflexiones e inquietudes que el desarrollo del campo y la tesis generaron en mí sobre la posibilidad y la necesidad de incluir la voz y las experiencias de las comunidades campesinas para entender los alcances que tienen estos programas en contextos específicos. Por último, se presenta un futuro camino de investigación que puede ser interesante abordar en esta vereda.

### **Consideraciones metodológicas**

Para el desarrollo de esta monografía trabajé de la mano de varios campesinos y campesinas que se anexaron a los programas de caficultura orgánica en los últimos años en Boquerón como: Lucía, Rubén, Manuel, Antonio y Aníbal. Sin embargo, en los dos meses y medio de trabajo de campo que realicé en la vereda, me enfoqué particularmente en las experiencias de Sandra, Isaac y Jaime. Tres campesinos de Boquerón con los que tuve la posibilidad de compartir la mayor tiempo. Aunque todos ellos son diferentes, al igual que las formas en que llegaron y han experimentado varias situaciones en la vereda; todos han cultivado, vivido y caminado en la Sierra desde su juventud. Así mismo, todos ellos son pequeños productores de café, que llegaron o retornaron a Boquerón durante la década del ochenta o noventa, y que desde entonces han vivido en la vereda. A diferencia de Aníbal, todos están en un rango de edad entre los cuarenta y los ochenta años de edad. De la misma manera, provienen de familias cafeteras del interior del país que buscaron suerte en Boquerón o en la Sierra después de la violencia que se desató en gran parte de Colombia en la década de los cuarenta e inclusive cincuenta. En consecuencia, varios de ellos vienen de familias campesinas y caficultoras del Tolima, de Antioquia, de Santander, e inclusive de algunas partes del Magdalena.

Para el desarrollo de esta monografía, utilicé diversos instrumentos de investigación: entrevistas semi-estructuradas, y observación participante durante las labores diarias y

conversaciones informales. A través de las entrevistas semi-estructuradas me interesé por comprender lo que ha sido Boquerón en los últimos veinte años, la manera en la que ha ido cambiando a raíz de las diferentes bonanzas y las maneras en que los desastres naturales y humanos- como las fumigaciones con glifosato y paraquat- han impactado o favorecido estos cambios. Con estas entrevistas comencé a comprender las maneras en las que el vivir en esta vereda ha estado ampliamente ligado a las posibilidades de producir y de mantener a la familia, pero también de poder tener cierta estabilidad y bienestar allí. Así mismo, me permitieron ver cómo la idea de lo que es vivir y cultivar en esta vereda se ha ido modificando a raíz de las consecuencias que los fenómenos naturales y humanos han tenido aquí.

Por otro lado, la mayor parte de mi trabajo se concentró en la observación participante en la que traté de seguir: las labores de siembra y preparación de terrenos a través de la quema y selección manual del café para comprender i) ¿Por qué se realizan estas labores en Boquerón? y ¿cuál es su importancia?; ii) ¿de qué maneras se realizan? y ¿en qué momentos?; iii) ¿qué elementos se tienen en cuenta al momento de realizar estas labores?; y iv). ¿cuáles son los factores, elementos o situaciones que más las afectan? y ¿cómo se lidia con ello?

A lo largo de toda la investigación hice fuerte hincapié en las conversaciones informales. A pesar de que estas fueron transversales a todo el trabajo de campo, fueron particularmente claves para comprender actividades en las que no podía participar- como la cacería- y comprender más a fondo ciertas relaciones con los animales de compañía. Aquí me parece importante resaltar la razón por la que no podía participar en las labores de cacería. La cacería es una actividad que se realiza en las madrugadas, en el monte, durante varias horas y solamente con hombres, los campesinos con los que pasaba los días solían decirme: “que usted como mujer se haya metido al monte es porque es una verraca, pero no por eso se tiene que exponer haciendo cosas de hombre en un monte que no conoce”.

En consecuencia, bajo la idea de que esto era una actividad para hombres y yo era mujer, y de que podía ser peligroso para mí porque no conocía el monte, no me dejaban participar

en ella. Por tal razón, a través de conversaciones informales alrededor de esta actividad busqué indagar cosas como i) qué animales se cazan y qué justifica su cacería, ii) por qué se realiza esta actividad y cuando y iii) cuál ha sido la historia de la cacería en la vereda y cómo esta se ha relacionado con la inserción de los programas orgánicos. Así mismo, estas me permitieron conocer y profundizar en las normas que eran más difíciles de cumplir, la manera en que se habla de ellas, y en las explicaciones sobre procesos de manejo de las aguas residuales y de beneficio del café. Finalmente, debido al estar allí de manera constante y de tener la fortuna de compartir con ellos largos periodos de tiempo, a través de la observación y de las conversaciones informales pude entender de mejor manera las distinciones que establecen los campesinos entre los animales de cacería, y los animales de compañía o cercanos a la casa. Así, a través de estos dos elementos pude llegar a conocer la manera en que estos últimos pasan a ser animales que se alimentan, se protegen y se cuidan.

Además de la información a la que estas metodologías me permitieron acceder, compartir de manera diaria con estas personas me llevó a forjar lazos de amistad y de entendimiento de las situaciones y del contexto que viven día a día. Así mismo, me permitió establecer de la mano de ellos las responsabilidades que tengo al momento de presentar esta información, lo cual es sustancial como una reflexión ética sobre mi trabajo. En el marco de esta monografía, varias de las prácticas que se abordaron suelen ser consideradas como prácticas poco sostenibles. En pocos casos, la cacería y la quema suelen ser abordados de otra manera. En el momento de ir definiendo como presentar la información, una de las mayores dificultades que tuve fue la necesidad de no caer en una romantización de las personas con las que trabajé, pero tampoco de irme al extremo de enjuiciarlas por las acciones que estaban desarrollando en el día a día. La dificultad de esto recaía en que no quería mostrarlos, así fuera por error, de una manera tal en que pudieran ser categorizados bajo el esquema de “campesino depredador” o el de “campesino ecológico”.

A pesar de los múltiples problemas que estas categorías encierran, no quería caer en ninguna de ellas debido a que la situación, sus formas de hacer, vivir y realizar estas actividades se enmarcan en un contexto y en un compendio de situaciones mucho más complejas que no pueden reducirse a una mentalidad destructiva o a una mentalidad

puramente ecológica. Por tal razón, en esta tesis intenté brindar herramientas para entender de la manera más detallada posible el contexto, el día a día, y algunos de los elementos que influyen en la construcción de estas prácticas, de sus ambigüedades, de sus significados en la vida de los campesinos y de sus particularidades. Todo esto con el objetivo de mostrar que, más allá de la discusión de si son o no malas prácticas, también es necesario comprender cómo estas formas de hacer se producen en contextos particulares marcados por condiciones históricas y relaciones socio-ecológicas particulares.

Finalmente, la información que se presenta en este texto, es aquella que se consideró con ellos que podía compartirse y contarse. Todo esto después de evaluar el posible público, alcances y posibilidades de estas tesis. Finalmente, y a manera de consideración personal, decidí mantener en el anonimato los nombres de las personas con las que trabajé al igual que aquellas características puntuales que puedan identificarlos. Aunque para ellos nunca fue problema hablar abiertamente de muchas de las cosas que aquí se describen, algunas de estas prácticas no son permitidas por las organizaciones orgánicas a las que estas personas se encuentran asociadas.

## **CAPÍTULO 1**

### **FORMAS DE MANEJO Y MANUTENCIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES ALREDEDOR DE LAS QUEMAS AGRÍCOLAS Y LA CACERÍA**

Nos levantamos temprano en la mañana con Sandra a buscar los aperos que les pondrían a las mulas en algunos minutos. La mañana clareaba y los hijos de Sandra se alistaban para emprender un viaje de varias horas hasta una de las fincas más altas de Boquerón. Irían a recoger algunas semillas de ñame y yuca amarilla que les iban a regalar, e intentarían conseguir un par de bultos más a un buen precio. Tendrían que emprender un viaje, de un poco menos de un día, para ir y volver con unas semillas que antes se conseguían con facilidad en Boquerón, que se cultivaban por montones y daban siempre buena cosecha para comer a lo largo del año. Despidiendo ya a los viajeros, Sandra comenzó a contarme cómo “las semillas ahora toca buscarlas porque el verano [que duró del 2013 al 2015] las

acabó todas, [porque] en esa época usted todo lo que sembraba la tierra lo sancochaba”<sup>1</sup>. Razón por la cual, ahora hay que comprar semillas que, como las del ñame, podían rondar los dos mil, pesos por mata. Semillas que como solía mencionar Sandra antes “cualquiera le regalaba a usted”.

“Es que así fue que comenzó la crisis de la comida en la Sierra Nevada” continuó, es decir, un momento desde el cual las tierras ya no son tan productivas y la comida es poca y difícil de producir. Sin embargo, esta situación no se produjo de la noche a la mañana. La capacidad de producir y de vivir en la Sierra habían comenzado a mermar de manera considerable desde la década de los sesenta cuando el gobierno nacional comenzó a fumigar con paraquat los cultivos de marihuana que existían en la Sierra Nevada. Desde aquí, aunque seguían siendo buenas, los campesinos veían que sus tierras ya no era tan productivas como antes. Posteriormente, las fumigaciones con glifosato agravaron la situación. Como Isaac mismo solía mencionarlo: “[en esta época se veía] era un ambiente afectado en la tierra, en el agua, hasta en el aire, (...) uno ya después de eso no podía contar que con que un plátano eso diera más de un corte, ¡qué! Eso daba uno y de una vez se arrutanaba”<sup>2</sup>. Así mismo, las cosechas dejaron de ser abundantes y ya no podían tenerse buenas reservas de comida para emergencias o para compartir con los vecinos. Posteriormente, esta situación empeoraría con la avalancha de 1999 y el huracán del mismo año, que se llevarían algunos cultivos y arrancarían de raíz varios árboles productivos de café.

En una vereda campesina como el Boquerón, las posibilidades de vivir y continuar allí han estado ampliamente ligadas a la producción. Con pocas posibilidades para producir buena comida, con el café siendo pagado a bajo precios y con menos árboles disponibles para cosechar, la consecución de la comida y la posibilidad de continuar viviendo aquí se hizo mucho más complicada. En el marco de esta “crisis de la comida”, las pocas personas que se quedaron en la vereda han intentado encontrar distintas maneras de mantener, de asegurar e inclusive construir la posibilidad de continuar cultivando y obteniendo alimentos

---

<sup>1</sup> Fragmento de una conversación informal con Sandra Parejo, 24 de Abril de 2018.

<sup>2</sup> Fragmento de una conversación informal con Isaac Aguirre, 05 de Mayo de 2018.

de este trabajo. Una de ellas fue continuar realizando quemas agrícolas para limpiar la tierra y favorecer una buena cosecha; y utilizar la cacería como una forma de proteger los cultivos y de conseguir alimentos.

Pensar en estas alternativas para los productores orgánicos resulta interesante. Gracias a la construcción de la Sierra Nevada de Santa Marta como un lugar para la conservación de la biodiversidad, la implementación de los programas orgánicos en esta zona ha estado marcada por fuertes nociones de conservación de los recursos naturales. En consecuencia, actividades como la quema y la cacería no solamente son fuertemente rechazadas, sino que su realización se encuentra prohibida para los asociados a estos programas. Por tal razón, se hace interesante ver las maneras en las que los campesinos que pertenecen a estos programas reinventan, adaptan, y negocian (o no), las maneras en las que realizan estas prácticas en el marco de los programas orgánicos y de lo que para ellos ha sido y es tener la posibilidad de seguir viviendo aquí.

En este capítulo me interesa argumentar que en busca de “hacer mejor las cosas”, los campesinos orgánicos han establecido unas estrategias de manejo de las quemas agrícolas y de la cacería que tienen como objetivo evitar que los productores se vean afectados por estas actividades, al tiempo que se vela por mantener los recursos naturales que se tienen a disposición. Así, me interesa mostrar cómo estas formas de manejo más que solamente estar definidas por la necesidad de realizarlas, también están mediadas por las relaciones con los animales, con los bosques, los cultivos e inclusive con las sanciones que se imponen desde las organizaciones orgánicas.

Para desarrollar este argumento, este capítulo se divide en dos apartados: uno sobre quemas agrícolas y otro sobre cacería. En primer apartado me interesa argumentar que para los campesinos “hacer mejor las cosas” alrededor de las quemas, implica seguir una serie de medidas de precaución y estrategias de manejo del fuego que tienen como objetivo limitar los alcances de mismo, y evitar las posibles afectaciones que este pueda causar a la tierra y a los bosques.

Alrededor de la cacería me interesa argumentar que en el marco de la vereda, los productores orgánicos han establecido una serie de criterios y límites a través de los cuales se definen bajo qué situaciones está permitida la cacería, al igual que los animales que se cazan o protegen. Límites que se definen sobre la base de la relación de los animales con los cultivos, gustos personales y nociones campesinas sobre la escasez o abundancia de ciertos animales. Desde aquí, lo que me interesa mostrar es que “hacer mejor las cosas” alrededor de la cacería es cazar siguiendo estas delimitaciones y criterios que se han establecido alrededor de la actividad. Finalmente, retomando tanto las quemas como la cacería, cierro el capítulo con una breve reflexión sobre las estrategias locales de manutención, manejo y control de los recursos naturales que se producen en Boquerón.

### **“Yo necesito tener mis potreros, tener mis rositas donde yo pueda quemar porque yo también necesito comer”**

Durante la época de la creciente cuando el trabajo en los cafetales es poco, con la rula amarrada al cinto y una botella llena de tinto frío los productores cogen camino hacia las parcelas que comenzarán a limpiar para sembrar. Encorvados sobre la tierra, con una de sus manos apoyada sobre la tierra desnuda y la otra aferrada a la rula, cortan los bejucos, y rastrojos, y arrancan los distintos tipos de maleza que se aferran al suelo y que prometen acabar, “arrutananar” e inclusive enfermar la futura cosecha. Bajo el calor del sol que golpea sus espaldas durante la faena, la maleza, el rastrojo y algunos palos secos comienzan a amontonarse sobre la tierra cruda<sup>3</sup> que se prepara para convertirse en tierra limpia<sup>4</sup>.

Una vez se ha limpiado todo aquello que puede amenazar los cultivos, el campesino desliza la rula a ras de tierra con fuerza para hacer una guardarraya<sup>5</sup>, una media luna de tierra “pelada” que encerrará todo aquello que se va a quemar y aislará lo que no. Pasada esta

---

<sup>3</sup> La tierra cruda es aquella que además de estar invadida por bejucos, rastrojos y “monte” en general, aún no está lista para producir o para ser sembrada puesto que se considera una tierra muy ácida en la que la vegetación y el monte no permiten el crecimiento de lo que allí se siembre.

<sup>4</sup> Contrario a la tierra cruda, la tierra limpia es aquella que se encuentra ya preparada para recibir la semilla y dar los mejores resultados.

<sup>5</sup> Normalmente a las guardarrayas se les pone también un poco de monte rodeando por dentro la media luna que se acaba de hacer y se quema primero haciendo una franja. El objetivo de esto es que una vez se comience a quemar el terreno, cuando el fuego llegue a la guardarraya no encuentre nada que quemar y se vaya debilitando hasta ahogarse. En algunas ocasiones, como medida adicional, los campesinos humedecen ese monte quemado y la media luna con el mismo objetivo.

dura jornada, ellos regresarán a casa y comenzarán a buscar el momento indicado para encender el fuego que reducirá a cenizas todo aquello que han extraído de la tierra cruda y que a lo largo del día se ha amontonado.

Cuando se realice la quema la tierra estará limpia y preparada para recibir la semilla durante la temporada de lluvias que trae la luna menguante. A pesar de que la quema trae consigo las tierras limpias para el cultivo, su realización también puede traer consecuencias para los campesinos. Pues aunque necesarias para ellos, esta práctica es rechazada enfáticamente por las organizaciones orgánicas. En este apartado, me interesa mostrar las maneras en las que los campesinos que pertenecen a estos planes reinventan y replantean sus formas de quemar para “hacer mejor las cosas” en el marco de los programas orgánicos. Así, lo que me interesa argumentar aquí es que los campesinos han desarrollado unas formas de manejo del fuego al momento de las quemas que tienen como objetivo limitar los posibles alcances de este, al igual que los daños que este pueda generar a los bosques, la tierra y a las condiciones de vida de los campesinos de la zona.

En uno de los recorridos que realizamos por las rozas en las que se había sembrado el maíz y el frijol, Isaac me contaba cómo en este proceso de preparar la tierra, la quema de la tierra cruda es uno de los pasos más importantes. “Es que acá en el monte hay una vieja tradición campesina, que hasta verdad será, yo no sé” me dijo moviendo sus manos en el aire. Desde esa tradición, “si usted no quema el monte pues eso no le da y es que la ceniza se encarga de nutrir la tierra desde que usted quema y eso le da más nutrientes a la tierra, la alimenta” continuó. “Vea mi niña, es que eso cuando uno no quema ese maicito se queda así como usted lo ve” me dijo mientras con sus manos señalaba una planta de estatura pequeña cuyas verdes hojas se cubrían de un polvo amarillento.

“Es que eso sí que da pesar, usted no sabe, pero ya cuando uno quema y ve como esa mata va pa’riba con fuerza, con grandota, es que así sí la mata crece es briosa”<sup>6</sup> sentenció. Caminando aún por los sembrados de maíz en los que las matas de frijol comenzaban ya a

---

<sup>6</sup> Todo lo que se encuentra en comillas en este párrafo, y el anterior, son fragmentos de una conversación informal con Isaac Aguirre, 20 de Abril de 2018.

enredarse sobre los grandes y verdes tallos, con algo de curiosidad le pregunté a Isaac qué pasaba realmente si ellos no quemaban sus tierras, más allá de que la producción se quedara pequeña.

Me contestó que realmente en tierras crudas algunas plantas y cultivos salen. Sin embargo, eso no pasaba con el fríjol, la yuca, el maíz o el ñame. “Es que yo no sé si será que tienen [las tierras] hongos, sabañón o no sé que cosa, [pero] todo eso con la candela se... se elimina y va quedando ya la “tierrita limpia”, todo eso” me explicó. Por tal razón era necesario quemar, pues cómo él mismo lo menciona “en esas tierras [crudas], eso no avanza nada [no crece], la matica como que se pega [no logra germinar], se queda ahí toda arrutanada, ¡pero toda! Y eso así no da esperanza de mucha cosa”<sup>7</sup>. De manera adicional a lo que mencionaba Isaac, para Rubén, un campesino caficultor que lleva viviendo más de sesenta años en Boquerón, las quemas son mucho más que eso. “Es que eso no es un impulso del campesino” solía contarme. Según él, las quemas han sido una forma de cultivar que ha sido utilizada en la vereda desde las épocas de la colonización campesina, que se ha mantenido hasta la actualidad y que “es la mejor forma de cultivar pues le ha permitido al campesino estar en el monte”, le ha permitido cultivar la tierra “cruda” y vivir aquí hasta el día de hoy.

En este sentido, retomando a Isaac y Rubén, podría decirse que las quemas tienen una doble importancia en la vereda. Por un lado, le permiten a los campesinos del Boquerón limpiar la tierra y abonarla, al tiempo que eliminan los hongos, la maleza y todo aquello que pueda perjudicar la producción. Por otro lado, es una práctica que viene desde las épocas de la colonización campesina, que no solamente les brinda a productores como Isaac la esperanza de que la cosecha crezca y sea buena; sino que también se ha configurado como un elemento fundamental- desde la visión de los campesinos- para cultivar y ser campesino “en el monte”. Así, como menciona Rubén, más que ser un impulso campesino, la quema es una de las formas que ellos han encontrado para poder trabajar la tierra, cultivar y seguir cultivando para permanecer en este lugar.

---

<sup>7</sup> Fragmento de entrevista con Isaac Aguirre, 21 de Abril de 2018

A pesar de la importancia que las quemas tienen, con la entrada de EcolSierra<sup>8</sup> y Cooagronevada<sup>9</sup>- las dos organizaciones que coordinan los planes de caficultura orgánica en Boquerón- esta práctica se catalogó como negativa. En el marco de los discursos de conservación que llevaban ya varios años articulándose en la Sierra Nevada de Santa Marta, estas dos organizaciones se posicionan a sí mismas como aliadas en los procesos de conservación de los recursos que en esta zona existen. Así, en el caso de EcolSierra, que se encuentra adscrita como organización ambiental, realizar una quema agrícola no solamente va en detrimento de los recursos que aquí hay, sino también, según Antonio Quinalla- un verificador orgánico de la Red-, es una contradicción con la labor de “guardianes de la flora y de la fauna” que tienen sus asociados.

Por otro lado, desde Cooagronevada, aunque no es entidad ambiental, la quema se plantea, como solía mencionar Sandra, como una actividad innecesaria para cultivar que puede generar un fuego incontrolable. En consecuencia, para ellos, estas actividad no solamente es prescindible, sino que además también representa un riesgo para la integridad y la seguridad de los campesinos. Por estas razones, tanto en EcolSierra como en Cooagronevada, la realización de quemas agrícolas se encuentra prohibida y su realización puede generar distintas sanciones para sus asociados, a saber: llamados de atención, impedir la continuación del asociado en el proceso de transición y entrada a los programas orgánicos, dejar de recibir la prima orgánica, entre otras<sup>10</sup>.

Ante la importancia de las quemas en la zona y su prohibición desde las organizaciones orgánicas, los campesinos que se asociaron a estos planes se han visto en la labor de encontrar formas alternativas para mantener esta actividad. Los campesinos del Boquerón no son ajenos a las consecuencias que las quemas tienen para los recursos y para su seguridad en general. En la vereda ya se han visto casos de incendios descontrolados que han afectado personas, cafetales, fincas e inclusive rozas enteras. En consecuencia, son muy conscientes de el uso descuidado del fuego puede generar una tragedia, acabar con cultivos, con hogares e inclusive con gran parte de lo que tienen hoy los campesinos.

---

<sup>8</sup> Red de Productores Ecológicos de la Sierra Nevada de Santa Marta (EcolSierra).

<sup>9</sup> Cooperativa de Caficultores y Agricultores de la Sierra Nevada de Santa Marta (Cooagronevada)

<sup>10</sup> Véase Cooagronevada (2017) y EcolSierra (2014).

Por tal razón, en el marco de encontrar nuevas alternativas y de “hacer mejor las cosas”, los campesinos se dieron a la tarea de definir una serie de pautas y de elementos alrededor de las quemas para limitar la práctica en sí y las maneras en las que esta se puede realizar. Una de las primeras formas de delimitar esta práctica, fue establecer una diferencia entre los tipos de quema que, desde su perspectiva, generan las consecuencias que señalan las organizaciones orgánicas y el tipo de quema que ellos, como campesinos, realizan durante las épocas de siembra en la zona.

Durante los meses que estuve en Boquerón, la época de roza y siembra había comenzado. En varios lugares de la vereda era posible ver las columnas de humo que se alzaban sobre las montañas durante el día. En estos meses para mí fue bastante complicado comprender cómo a pesar de estar en estos programas la gente continuaba realizando quemas. Ante esta situación, Sandra decidió explicarme que las quemas no eran lo que realmente resultaba problemático, es decir, las quemas en sí no eran el problema. Desde su perspectiva, cuando las organizaciones orgánicas hablaban sobre el peligro de las quemas no se refieren a todo tipo de quemas. Por el contrario, según ella, hacen referencia a las quemas indiscriminadas, es decir, aquellas que se realizan sin un fin específico, en grandes cantidades y que se extienden sin tener unos límites definidos. Sin embargo, como ellos no realizan la actividad de manera indiscriminada, para ellos, sus quemas no eran del tipo que se encuentra prohibido, ni que genera estas grandes consecuencias que mencionan las organizaciones orgánicas. Así como Sandra misma lo menciona: “es que inclusive no se pueden hacer quemas indiscriminadas...así de mucha cantidad (...) dentro de los criterios está clarito, que sea una quema indiscriminada, pero pues si yo quemo un poquito para sembrar, eso no hay problema porque ya es controlada”<sup>11</sup>.

Desde lo que menciona Sandra, esta separación entre lo que se considera como una quema indiscriminada y una quema controlada, les da el espacio a los campesinos para separar las actividades que ellos realizan, de aquello que se considera está prohibido y genera fuertes impactos en los recursos naturales. Así, por ejemplo, debido a que las quemas que realiza tienen un objetivo claro que es preparar las rozas para sembrar y que estas no implican una

---

<sup>11</sup> Reconstrucción de una conversación informal con Sandra Parejo, 27 de Abril de 2018.

gran extensión de tierra, Sandra enmarca su actividad como una quema controlada. En consecuencia, en la medida en que su quema es controlada, ya no entra en la categoría de las quemas que, según ella, son sancionadas o que las organizaciones orgánicas ven como actividades que atentan contra la conservación de los recursos naturales. No obstante, si bien la idea sobre qué tanto se quema es clave para que esta actividad deje de ser catalogada como indiscriminada y comience a ser descrita como controlada, este hecho no es el único que tiene relevancia al momento de definir lo que implica “hacer mejor las cosas”.

Como se mencionaba anteriormente, uno de los criterios para definir que una quema es indiscriminada son que es una actividad a gran escala, sin un fin específico en la que el fuego se extiende sin límites. Desde estas características, para los campesinos no es suficiente decir que porque se están quemando poco y se realiza para limpiar los cultivos, no es suficiente para definir que se está haciendo una quema controlada. Adicionalmente, en busca de definir una quema controlada y establecer lo que es “hacer mejor las cosas” alrededor de la quema, los campesinos que pertenecen a estos programas han definido una serie de medidas de precaución que se deben realizar al momento de la quema. Estos, con el objetivo de limitar los alcances del fuego y de la quema, al tiempo que se busca mantener los recursos naturales que se tienen a disposición y con los que se convive diariamente.

Por tal razón, las medidas de precaución son todas las prácticas y todos los elementos que se tiene en cuenta- y que se realizan- durante la realización de las quemas, con el objetivo de brindarle a los productores herramientas para que el fuego no se extienda más allá del espacio que se le ha asignado a la quema. En palabras de Sandra, estas medidas de precaución aseguran que: “ si yo voy a quemar el cuadrado de aquí, la quema no tiene por qué salirse de ahí”. En el caso de Boquerón una de estas medidas ha sido la consideración del clima para la realización de las quemas agrícolas, particularmente para decidir el momento en que el fuego debe encenderse.

En uno de los recorridos que hice con Lucía, una campesina caficultora de Boquerón, llegamos a una de las parcelas que sus hijos llevaban preparando ya varios días para

quemar y sembrar. La tarde estaba fría y el viento, como en la mayor parte de Febrero, rugía ferozmente entre las hendidias mientras levantaba con fuerza las láminas de zinc de las casas. El silbido de la brisa se escuchaba con claridad por el Boquerón. Ese día- desafortunadamente para ellos- no se podría quemar. Cuando emprendimos el camino hacia la casa le pregunté a Lucía porque no habían podido quemar las rozas:

“L: Mi niña, nada más mire la brisa que está haciendo” me contestó algo cortante

J: Sí, pero ¿por qué no pueden quemar con brisa? contesté pensando que estaba preguntando algo muy obvio.

L: Quemar con la brisa que está haciendo está muy complicado porque es muy difícil que se prenda lo que se tiene que prender. ¡Es que qué candela con ese brisero! me respondió invitándome a sentir el viento.

J: Y si sí pudieran prender lo que hay que prender, ¿igual quemarían? pregunté sintiendo que preguntaba otra obviedad.

L: No, no ve que se puede prender más de lo que se quiere quemar. Eso se puede prender todo más de la cuenta y la brisa puede realizar estragos si no está realizada la quema de forma controlada”<sup>12</sup>.

Las consideraciones sobre las brisas son una medida de precaución clave a través de la cual se busca controlar el alcance y, en cierta medida, limitar el alcance que podrían llegar a tener las quemas. Como muestra Lucía, al momento de quemar no solamente es importante considerar si hay brisa o no para saber si se puede o no encender el fuego, sino también porque una fuerte brisa puede contribuir a que este se extienda más allá de lo que se intenta quemar y se prenda “más de la cuenta”. Sin embargo, a pesar de que esta medida está enfocada en mantener el fuego en su lugar, esta consideración no solamente se formula sobre la base de que es posible que el fuego se extienda y queme más de lo que se había planeado. Por el contrario, como Lucía misma me contaba, esta consideración es importante en la medida en que si la quema se extiende más allá del lugar que se había delimitado para realizarla puede haber fuertes estragos en los cafetales, los bosques e inclusive, como ocurrió con los Maestre, en las casas que se encuentran cercanas.

---

<sup>12</sup> Diálogo realizado a partir de una conversación informal con Lucía Guerrero, 22 de Febrero de 2018.

De manera similar a esta situación, durante las épocas de quema Sandra solía mencionar cómo era necesario tener en cuenta la brisa porque “la brisa fuerte se encarga de propagar la candela” ocasionando daños que pueden ser irreversibles. Así, por ejemplo, solía contarme el caso de la familia Maestre. Hace aproximadamente dos años, en las épocas de siembra la familia comenzó a hacer las primeras rozas y quemas para preparar la tierra. En este proceso, la familia se había demorado mucho tiempo y la temporada de la creciente ya se estaba acabando. Por tal razón, ellos sabían que si no quemaban pronto tendrían que esperar hasta la próxima luna para quemar y a la siguiente temporada de lluvias para sembrar, o “sembrar en seco” y arriesgarse con la cosecha. En medio del afán, decidieron quemar en un día en que el viento estaba todavía fuerte, y quizás- aunque Sandra no sabe con certeza- sin hacer una guardarraya.

“Eso fue una irresponsabilidad muy grande” me decía Sandra moviendo la cabeza en señal de desaprobación. Como era de esperarse, el fuego se propagó montaña arriba, mucho más allá de la finca de los Maestre. A su pasó, “eso se quemaron hectáreas de café, de bosque, hasta casas que habían por ahí solas” contaba Sandra, para quien era un milagro que nadie hubiera salido herido. Para ella, ellos no solamente habían actuado de forma descuidada, sino que no habían tenido en cuenta las medidas de precaución al momento de hacer la quema. En medio de la conversación, sintiendo nuevamente que preguntaba lo obvio, le pregunté a Sandra que había de malo en que se hubiera pasado el fuego si nadie había salido herido al final. Alzando un poco la voz me respondió:

“Es que eso es ser uno muy inconsciente porque para eso están las guardarrayas y para eso uno mira que no esté haciendo brisa, es que si uno va a quemar tiene que ser una quema con-tro-la-da, que es este cuadrito de acá y no... es que la gente no es consciente que eso se lleva los árboles y la capa vegetal, y eso [después] cuando llueve se lleva la capa vegetal y eso acaba lo poquito que queda”<sup>13</sup>.

A todas luces, para Sandra la quema de los Maestre era una actividad reprochable, no solamente no se habían acatado las medidas de precaución, sino que también se había puesto en riesgo la integridad de los vecinos. En lo que menciona Sandra, de manera

---

<sup>13</sup> Reconstrucción de una conversación informal con Sandra Parejo, 1 de Marzo de 2018.

similar a lo que menciona Lucía, se resalta que las quemas controladas son aquellas que se realizan en un espacio definido y en las que se busca mantener el fuego allí, ya sea con guardarrayas o considerando la brisa. Adicionalmente, en lo que resaltan Sandra y Lucía, es posible evidenciar cómo además de intentar limitar el fuego, las medidas de precaución también están guiadas por nociones de manutención de los recursos que se tienen a disposición. Esto, entendiendo la manutención de los recursos como el ejercicio a través del cual se busca no afectarlos, al tiempo que se vela porque continúen en un estado en el que puedan ser utilizados y disfrutados por los campesinos.

Pensar en manutención de los recursos naturales en un contexto de quema resulta sumamente complicado. En gran parte de la literatura sobre el manejo del fuego en distintas comunidades, varios autores suelen resaltar que el estudio y las políticas alrededor de las quemas y el uso del fuego en ellas han estado enfocados en evidenciar las consecuencias negativas que tienen estas prácticas sobre la diversidad o los recursos forestales (Eriksen, 2007; Gutiérrez et al. 2017). Sobre este respecto, menciona Eriksen (2007) retomando a Suchet (2002), estas visiones sobre la negatividad del fuego han estado ancladas en una noción colonial y occidental de la naturaleza que ve la necesidad de “desarrollar o conservar los recursos naturales, [bajo un proceso] a menudo logrado mediante la ilusión de eliminar el control, la intervención y el manejo [sobre ellos] (...) , [para mostrar lo que sería] la naturaleza en todo su esplendor, intacto y prístino” (245).

En consecuencia, bajo este esquema que ve la conservación de la naturaleza como un alejamiento de aquello que pueda afectar su estado prístino- como el fuego y la actividad humana- se ha tendido a desconocer y cuestionar, las prácticas de las comunidades campesinas alrededor del uso del fuego (Gutiérrez et. al; 2017). Así, por ejemplo, las medidas de precaución que tienen en Boquerón algunos campesinos alrededor de la quema. Así mismo, además que se pasan por alto estas formas de manejo, también suelen desconocerse las nociones de manutención de los recursos naturales que subyacen a estas prácticas y que, no necesariamente, concuerdan con las nociones de conservación ancladas en la idea de preservar una naturaleza para mostrar lo que sería en su estado prístino o intocable.

En lo que mencionan Lucía y Sandra, la manutención de los recursos naturales en cierta medida también pasa por esta necesidad de alejar el fuego de los recursos naturales. Sin embargo, para ellas esto no implica dejar de hacer las quemas. Por el contrario, implica realizarlas teniendo en cuenta que se tienen esos recursos en las cercanías, que pueden ser afectados y que es su deber no acrecentar los daños que en estos ya se presentan. Así, como muestra Sandra, la quema de los Maestre no solamente fue irresponsable por el hecho de ser una quema, sino por no haberse realizado de una manera en la que no se afectara lo poquito que queda. En pocas palabras, que no afectara bosques, cafetales e inclusive hogares. Así, más que dejar de hacer las quema para preservar, para los campesinos la manutención de los recursos naturales también puede configurarse desde la realización de esta actividad de una manera tal que estas no generen estragos o se extiendan más allá de los espacios designados. En consecuencia, si bien se busca alejar el fuego de los recursos, estas prácticas no se anclan en una necesidad de detener las actividad como tal.

Ahora, si bien es cierto que la manutención pasa por no generar estragos, esto tiene una razón de ser. En su trabajo sobre las quemas en las sabanas en Zambia, Eriksen (2007) evidencia cómo las maneras en las que se utiliza el fuego responden a un sistema en el cual las personas- en este caso tanto campesinos como funcionarios de parques- las maneras en que usan el fuego y las nociones que permean este uso están ancladas en la necesidad de mantener algunas características que son necesarias en la tierra para mantener los ciclos productivos de la comunidad, o los paisajes. En el caso de Boquerón, aunque no aplican los mismos ciclos de quema porque no se está hablando de una sabana, lo interesante es que las nociones de manutención de recursos que permean el uso del fuego también se anclan en elementos similares a los que menciona Eriksen. Así, como se mostrará a continuación, estas nociones de manutención que median el uso del fuego, se anclan en la necesidad de no afectar ciertos elementos no porque sean importantes para la biodiversidad y ya, sino porque son una parte integrante de lo que es vivir en Boquerón. Así mismo, porque son ellos los que les brindan la posibilidad a los campesinos de ir construyendo un futuro aquí.

Caminábamos por la roza ya humedecida por las primeras lloviznas de Mayo mientras Isaac hundía con fuerza el barretón en el suelo. La tierra ya estaba limpia y había que

comenzar a sembrar la yuca. Mientras hundía el barretón con fuerza en la tierra, y mientras yo luchaba por no caerme mientras le pasaba las semillas de yuca, hablábamos un poco sobre cómo son ahora las quemadas. En la actualidad, me contaba, los caficultores que estén adscritos a EcolSierra o Cooagronevada, no pueden tumbiar para quemar la montaña virgen o espacios distintos a las rozas que se hayan abierto de manera previa a la implementación de los planes orgánicos. Bajo la necesidad de las organizaciones orgánicas de proteger esa naturaleza intacta, la tumba de monte, y su posterior quema, son acciones que pueden traer graves consecuencias para los asociados. Por tal razón, los campesinos ahora tienen que cultivar en estos lotes que ya habían sido abiertos y velar porque estos estén en el mejor estado posible de cosecha a cosecha.

“La yuca se demora en crecer un año, y eso es más o menos otro año para arrancarla”<sup>14</sup> comenzó a contarme Isaac con el ánimo de explicarme cómo mantenían los lotes de cosecha en cosecha en buen estado. “Cuando ya usted acaba de coger”-continuó- “pues deja descansar el lotecito por ahí un año y va sembrando otro que esté tierno” me dijo. Le pregunté que si al año volvía a sembrar en el lote. Me contestó que en efecto se podía, pero que era mejor “dejar descansar la tierra, porque [a pesar de que] usted puede quemar ahí y volver a sembrar , eso no le da a uno igual”. Por esta razón, sembraba y quemaba otros lotes que llevaran más tiempo descansados y en los que ya estuviera creciendo el monte. Le pregunté por qué no daba igual si se quemaba en un lote que ya hubiera descansado un año. Me contestó que se debía más que nada a que las matas no crecían, y se “arrutanaban” y lo que se terminaba haciendo era “cansar más la tierra”, hecho que después podría afectar las cosechas. Por eso, sentenció, “es mejor ir cambiando de lotecito”.

En las explicaciones que me daba Isaac alrededor de la tierra, muestra cómo las formas en las que se quema no nacen de un impulso o de una actividad indiscriminada de los campesinos. Por el contrario, estas se realizan teniendo en cuenta la rotación de los cultivos y el estado en que se encuentre la tierra, es decir, si ha sido o no rotada y si esta está o no descansada, para no afectarla. Así, como Isaac mismo lo muestra, aunque podría volver a

---

<sup>14</sup> Todas las frases que aparecen entre comillas en esta sección son fragmentos de una conversación informal con Isaac Aguirre, 7 de Mayo de 2018

quemar la tierra que lleva un año descansando, es preferible no hacerlo puesto que esto no solo no le brinda una buena cosecha, sino que además contribuye a cansar la tierra. Sin embargo, como él mismo muestra esto no deriva de un afán de tener buena tierra en la finca porque sí. Por el contrario, reconoce que a medida que la tierra se va cansando las futuras cosechas pueden verse afectadas, puesto que ya no se va a poder producir igual. En ese sentido, podría decirse que la utilización de las quemas para preparar los cultivos, se hacen teniendo en cuenta la necesidad de mantener la capacidad productiva de la tierra.

En consecuencia podría decirse que para Isaac mantener estos recursos implica mantenerlos de una buena manera para que puedan seguir siendo utilizados, finalmente a partir de ellos se ha construido lo que es vivir y la posibilidad de poder seguir viviendo en la vereda. Boquerón es una vereda que se ha construido principalmente gracias a la actividad cafetera y a las posibilidades de cultivar pan-coger para alimentar a la familia. Con estos dos cultivos, no solamente se han levantado fincas, sino también familias y generaciones enteras. Razón por la cual, que la tierra tenga buena capacidad productiva, no se reduce a que esta esté allí simplemente, sino porque es necesaria para seguir produciendo.

De la misma manera, cuando Sandra solía hablar sobre la importancia del bosque, para ella la necesidad de no afectar los recursos está en que ella sigue viviendo de ellos en la actualidad y que sus hijos también vivirán de ellos a futuro si deciden quedarse en la vereda. Por esta razón, más que conservar por conservar, ellos buscan no afectar los recursos para que estos puedan continuar siendo usados tanto por ellos como por sus hijos a futuro. Así, por ejemplo, Sandra solía contarme que el mayor de sus hijos decidió quedarse en Boquerón en lugar de irse a Santa Marta o a otro lugar a probar suerte. “Es que el ya tiene su café y sus rozas, allá abajo tiene un huerto lo más de bonito” me contaba con entusiasmo. “Por eso es que uno hace estas cosas, por los hijos, porque el día de mañana esto le queda es a ellos” continuó contándome. En pocas palabras, podría decirse que para Sandra, mantener el bosque, porque igual que para Isaac, son elementos fundamentales para la vida, el cultivo, de lo que le ha permitido al campesino vivir en la Sierra, y, aún más importante, de la posibilidad que tienen tanto ellos como sus hijos de seguir viviendo en Boquerón.

En consecuencia de lo anterior, podría decirse que desde las medidas de precaución que definen una quema controlada, “hacer mejor las cosas” alrededor de la quema implica un doble objetivo. Por un lado, quemar de manera tal que se busque limitar los alcances que tienen las quemas y el espacio en las que estas se realizan de manera muy puntual. En pocas palabras, retomando las palabras de Sandra, buscar que: “si voy a quemar este cuadrado de aquí, pues que no se salga de este cuadrado”. En segunda medida, y teniendo en cuenta que los recursos dependen las posibilidades, tanto propias como de los hijos de continuar viviendo a futuro en la vereda; implica quemar de una manera tal en que los recursos naturales no se vean afectados de ninguna manera.

En la primera parte de este apartado, me centré en mostrar cómo los campesinos han desarrollado una serie de prácticas y medidas de precaución que buscan definir lo que es una quema controlada y lo que es “hacer mejor las cosas” alrededor de esta actividad. Sin embargo, a pesar de que las medidas de precaución son claves, no todos los campesinos optan por esta alternativa. En el marco de los programas orgánicos uno de los principales requerimientos que se le hace a los asociados es que definan a través de un mapa, los elementos o las secciones de las fincas que van a entrar a hacer parte de los programas orgánicos. A través de estos, y como mencionaba Jaime, hace un mapa en el que todo aquello que esté en él pasa a hacer parte de los programas orgánicos, mientras que lo que está afuera no lo está. Sin embargo, esta definición no solamente limita el espacio en el cual se va a desarrollar el programa, sino también las prácticas que se realizan o no en el marco de estos espacios.

Por el contrario, como muestra Gómez (2012) para el caso de ACOC-Café sano, en el marco de los programas orgánicos, los campesinos tienen que cumplir con una serie de reglas y de normatividades determinadas por las certificadoras<sup>15</sup>, que “garantizan al consumidor que el producto [producido por el productor] cumple los requisitos para denominarlo orgánico o de comercio justo” (69). En consecuencia, sostiene Gómez (2012), en la medida en que los caficultores se adscriben a estos planes se verán en la necesidad de

---

<sup>15</sup> Entidades autorizadas que velan por el cumplimiento de los requisitos y que otorgan un sello que garantiza que se está produciendo de manera orgánica y que el consumidor está recibiendo un producto producido de esta forma.

llevar a cabo o de restringir ciertas prácticas en las parcelas- y en su cotidianidad- alrededor del café, para que su agricultura sea certificada como “orgánica”. Por tal razón, por ejemplo, tienen que cultivar sin químicos, no fumigar, llevar un cronograma juicioso sobre los tiempos de floración y limpia, entre otras cosas.

A pesar de que estas prácticas y estos procesos de certificación son claves para definir lo que es o no hacer agricultura orgánica, en el marco de los proyectos de agricultura orgánica en Boquerón, esto no es lo único que sucede. Adicionalmente, en el marco de definir que se están haciendo una agricultura orgánica, también se definen cuáles son las fincas que pueden considerarse o no como “fincas orgánicas”. En este proceso, no solamente es necesario que el productor cumpla con los estándares y condiciones que se imponen desde las certificadoras para el cultivo; también es necesario que cumpla una serie de reglas y de normatividades que se han formulado desde las organizaciones orgánicas para el manejo de otros recursos que van más allá del café como: bosques, aguas, animales, entre otros.

En consecuencia, en estos procesos de delimitación no solamente se establecen los lotes que pertenecerán a los programas orgánicos, sino que también se define el espacio en el cual la normatividad tiene ser cumplida y en la que deben realizarse -o dejarse de realizar- ciertas prácticas, para que esta pueda ser considerada como “finca orgánica”. Así mismo, de manera similar a como las certificaciones determinan quién es o no un productor orgánico, el incumplimiento de las normas en el marco de la finca orgánica puede generar una remoción de los beneficios que esta categorización conlleva. Así, si bien no incumplir las normas de la organización no necesariamente quita la certificación como productor orgánico; la realización de prácticas prohibidas por esta en el espacio de la finca orgánica, si generan que el campesino deje de recibir de manera temporal las ayudas y los beneficios que esto implica.

En efecto, aunque no deje de ser productor orgánico, si un asociado a estas organizaciones orgánicas realiza una quema en el espacio delimitado como la finca orgánica, por ejemplo,

el ser sorprendido podría generar que sea devuelto al proceso de conversión<sup>16</sup> y que deje de recibir las ayudas que brinda la organización durante el tiempo que dure este proceso. Bajo esta situación, aunque las medidas de precaución se realizan en la vereda, algunos campesinos temen que estas puedan acarrearles algún tipo de sanción pues como Jaime mismo lo menciona: “para ellos [las organizaciones orgánicas] quema es quema y es una falta gravísima”. Por tal razón, algunos productores, particularmente de EcolSierra<sup>17</sup>, han optado por una de las alternativas que desde esta organización se le brinda a sus asociados: el desenglobe jurídico.

El desenglobe jurídico consiste en un ejercicio a través del cual el campesino solicita a la organización orgánica a la que esté afiliado, desligar algunos lotes, máximo una hectárea por ejercicio, de los programas de caficultura orgánica. Aquí, a través de un mapa de la finca, el interesado muestra los espacios que le interesa desligar del programa para cultivar, para tener potreros, entre otras cosas; y a través de una carta radica la solicitud que puede, o no, ser aprobada. Desde la perspectiva de Jaime, los desenglobes son una solución bastante que los pueden ayudar a solventar los problemas con la normatividad, como el mismo lo menciona:

“Pues vea yo entré a orgánicos con toda la finca [80 hectáreas] y dejé al final solo 46 hectáreas ahí. ¿Y por qué? Porque vea Juliana, yo necesito tener mis potreros, tener mis rositas donde yo pueda quemar porque yo también necesito comer- me respondió Jaime algo exaltado- Es que vea, con eso si yo necesito un potrero ya ahí lo tengo, necesito quemar para hacer mi rosita, ya ahí tengo sin irme a ganar yo una sanción”<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> El proceso de conversión, es un procedimiento en el cual el productor tiene que producir sin químicos y cumplir la normatividad que se propone desde la certificadora y desde las organizaciones orgánicas durante un periodo que puede durar hasta 18 meses, todo para que la tierra se recupere y pueda iniciarse una producción limpia.

<sup>17</sup> En este caso hablo particularmente de la Red de Productores Ecológicos de la Sierra Nevada (EcolSierra), debido a que en Coogronevada esta posibilidad se encuentra en la discusión de si se implementa o no. Por este motivo, además de remitirme a EcolSierra, hago énfasis en la posibilidad, es decir, en que hacer mejor las cosas alrededor de la quema implica usar el desenglobe y optar por este ejercicio cuando se tiene la posibilidad.

<sup>18</sup> Fragmento de una conversación informal con Jaime Erazo, 20 de Abril de 2018

Esta alternativa que tiene los campesinos a la mano, se convierte en una herramienta que les permite a los campesinos tener unos espacios en el marco de la finca, en los cuales pueden realizar actividades que no están permitidas por las organizaciones orgánicas, sin que esto implique salirse del programa o una sanción para el asociado. Como muestra Jaime, a través de este proceso los campesinos tienen la posibilidad de ir reduciendo el mapa que definía el alcance de las normas orgánicas, sin que esto implique que su finca deje de ser una “finca orgánica”. En la medida en que estos espacios son desenglobados, a pesar de que pertenecen a la finca físicamente hablando, dejan de estar sujetos a la normatividad y a las restricciones de uso que rigen el resto del terreno. En consecuencia, como menciona Jaime en este espacio el puede quemar sin que eso conlleve una sanción. Pero también si que eso implique que su finca deje de ser una finca orgánica.

Ahora, aunque técnicamente estos espacios han sido jurídicamente desligados de los planes orgánicos, estos no necesariamente conlleva que sean independientes de los mismos. Precisamente, y lo interesante de porqué estos no generan que el productor deje de tener una finca orgánica, es porque estos son espacios que al interior de la finca orgánica, se asignan desde las organizaciones orgánicas para la realización de las quemas agrícolas y de otras actividades. Así, por ejemplo, es menester recordar que son estas organizaciones las que los aprueban, reducen, o autorizan una vez el desenglobe es solicitado por el asociado. En pocas palabras, podría decirse que los lotes desenglobados son un espacio al interior de las fincas orgánicas que se asignan para la realización de actividades como la quema, desde un proceso de negociación entre los campesinos y las organizaciones orgánicas.

En consecuencia, en el marco de esta solución que permite suplir las necesidades y la idea de quemar de los campesinos, y también la normatividad orgánica en general; “hacer mejor las cosas” alrededor de la quema implica optar por esta solución cuando se tiene la posibilidad. Así, como Jaime mismo lo muestra, no solamente tienen la posibilidad de abrir a voluntad las rozas en el momento en que se acerquen las siembras o que necesiten comer. No solamente tienen la posibilidad de quemar durante las épocas de Mayo, sino que también tienen la posibilidad de que esto no les acarree ningún tipo de sanción o problema con las organizaciones orgánicas. Este hecho, además de permitirles mantener una práctica

que para ellos es fundamental para ser campesino y para seguir viviendo en la vereda, también les permite seguir gozando de los beneficios que trae ser un productor y tener una finca orgánica como, por ejemplo, el sobreprecio orgánico.

En el marco de este apartado, me centré en evidenciar las formas de manejo que se desarrollan alrededor de las quemas y que definen lo que implica “hacer mejor las cosas” alrededor de esta actividad en dos casos. En el desarrollo de este apartado, me parece importante evidenciar, cómo estas formas de manejo de las quemas más que ser un sistema desarrollado completamente desde la institucionalidad, son prácticas desarrolladas desde la localidad que atienden a los problemas, necesidades y planes a futuro de las mimas. Así mismo, como en el marco de “hacer mejor las cosas”, estas formas de manejo buscan encontrar un equilibrio entre los planes orgánicos y sus direcciones, y la situación que se vive y que ha construido lo que actualmente es la vereda y el ser campesino allí.

**“Es que si yo tengo carne en la casa, y no me afecta en nada el animalito, ¿yo para qué me voy a ir a cazar una pava de esas?”**

Al son de los micos que gritaban desesperados por el agua de lluvia y la espesa neblina de la mañana, no dirigimos con Isaac a las rozas para revisar los palos de yuca tierna. Al llegar a la rosa, mirábamos qué podía sacarse, arrancarse y cuáles palos ya podrían servir para semilla. Con las rodillas en la tierra y las manos aferradas a un palo previamente cortado, Isaac se esforzaba por sacar una yuca que se aferraba con fuerza a la tierra. Todo parecía estar normal, las yucas tiernas estaban creciendo con fuerza y la semilla de yuca era abundante. Sin embargo, con nuestra llegada a la finca Isaac le mencionó a Jaime cómo algunos de los palos estaban comidos, masticados y llenos de podredumbre. Con un movimiento de las manos, Jaime se levantó de la mesa para buscar algo entre sus cosas. “¡Qué verraco mano!” gritó mientras sus dedos tanteaban algo en un viejo maletín. Sin entender muy bien qué pasaba, Jaime se sentó nuevamente a la mesa llevando en sus manos un casquillo rojo y un viejo chopo<sup>19</sup>.

“Mire Juliana, es que si uno deja un animalito de esos por ahí, el que sufre es uno” me decía Jaime mientras empujaba la pólvora al interior del casco para recalzar un viejo tiro.

---

<sup>19</sup> Un arma hecha por los campesinos normalmente hecha para cazar.

Comenzando a entender lo que sucedía, y al ver mi desconcierto, Jaime comenzó a explicarme que era animales, que se le estaban comiendo la yuca y que él tenía que hacer algo, como poner un chopo. En mi completa ignorancia y sin medir el impacto de mis palabras le pregunté: ¿pero ustedes no son orgánicos? Sin perturbación alguna, Jaime me contestó: “es que si yo voy a matar un animal de esos es pa’ comérmelo y porque me está dañando, no pa’ botarlo, ni venderlo por ahí”. Esta situación particular abrió para mí una amplia serie de interrogantes alrededor de la cacería que se realizaba en la vereda y la manera en la que la realizan los caficultores orgánicos como: ¿Cómo puede coexistir una práctica orgánica con la cacería?; ¿de qué maneras se define en la vereda los animales que se cazan o no?; y finalmente, ¿qué criterios juegan un papel importante al momento de decidir qué se caza y qué no?; entre otras.

La cacería se realiza por varios motivos en Boquerón. En algunas fincas, es una actividad que se lleva a cabo para obtener carne de monte para el consumo de la casa, en algunas ocasiones para venderla en los mercados, para proteger cultivos y en algunas fincas se realiza por ocio. Con la mayoría de campesinos con los que estuve durante mi trabajo de campo, la cacería se realiza principalmente para alimentar a la familia y para proteger los cultivos. Por eso, aquí me centro en esta forma de cazar. Así, con esto en mente, me interesa argumentar que al interior de los programas orgánicos, “hacer mejor las cosas” alrededor de la cacería implica seguir una serie de límites y de definiciones, a través de las cuales se ha definido bajo que circunstancias se puede realizar la actividad, cuáles son los criterios para que un animal pueda o no ser cazado, y para qué propósitos se puede cazar. En consecuencia, esto implica que, aunque se cacen varios animales y la cacería se utilice en varias situaciones, desde la visión de estos campesinos en particular “cazar para comer y no para vender” no conlleva un ejercicio en el que todo animal se caza sin distinción.

Desde la colonización campesina que se produjo en los años cuarenta hasta la actualidad, la cacería ha sido una actividad importante para los campesinos del Boquerón. No solamente era una forma de ocio que encontraron los campesinos durante algunas épocas del año donde el trabajo era poco, o durante las épocas de la bonanza de la coca y de la marihuana en la vereda. Adicionalmente, de manera similar a como muestra Serna (2010) para el caso

del Guaviare, era- y aún es- una de las principales actividades a través de la cual los campesinos han procurado parte del alimento y de la carne que se consume en las fincas en el día a día. Armados con linternas, escopetas, tinto y sacos gruesos para resistir el frío, los campesinos solían tomar la madrugada para adentrarse en el monte a cazar. Una, dos, tres e inclusive cuatro presas podían ser cazadas en una jornada, llevadas a casa, peladas, preparadas y consumidas por las familias en varias comidas a lo largo de la semana.

Además de gozar de una fuerte importancia, a raíz de una vida en el monte, los campesinos han adquirido un gusto por este tipo de carne y por la cacería. Esto no solo porque para ellos el sabor de la carne de monte es diferente de otros tipos de carne, o porque es más limpia; sino también porque ha permitido traer bienestar a las familias. Sobre la cacería, Jaime solía mencionar: “yo cazo porque me gusta, es que usted no sabe la felicidad que me da yo darle a uno [un animal] y decir ¡hombre! ya tengo para la comidita porque necesitaba; ¡eso da es alegría!<sup>20</sup>. La cacería es entonces una actividad de sustento en las familias campesinas, que no solo produce comida, sino también alegría porque permite obtener algo que comer en los momentos en los que se necesita y no se tiene de donde más obtener la comida. No obstante, a pesar de la importancia de la cacería en Boquerón, su realización ha disminuido debido a la confluencia de varios y diversos factores: como las medidas de control frente a la comercialización de la fauna silvestre<sup>21</sup>, los fuertes controles de Hernán Giraldo<sup>22</sup>, las labores educativas de las instituciones ambientales e inclusive debido a la estigmatización misma que ha sufrido la actividad.

---

<sup>20</sup> Fragmento de una conversación informal, Jaime Erazo, 19 de Marzo de 2018.

<sup>21</sup> La prohibición del comercio de ciertas animales también redujo en cierta medida la cacería, esto debido a que la venta de estos animales puede conllevar cárcel y altas multas para la persona que sea sorprendida con ellos o con su carne. Así, aunque aún existe un mercado clandestino y se sigue comercializando este tipo de carne, según Rubén y Jaime, la cacería para vender ya no es tan común como solía serlo 20 años atrás.

<sup>22</sup> En una conversación sostenida con Jaime y con Isaac, ambos recuerdan cómo durante la época de Familias Guardabosques, e inclusive un par de años antes, la cacería comenzó a regularse, quizás de manera involuntaria, por la acción del Hernán Giraldo, el comandante del Bloque Resistencia Tayrona de las Autodefensas Unidas de Colombia que tenía presencia en la región. Según cuentan, durante los últimos años de los noventa y principios de los dos mil, Giraldo adquirió la costumbre de traer del interior del país varios animales como chigüiros y cerdos que soltaba en el monte para que estos engordaran mientras él decidía cazarlos. Debido a que los animales se encontraban sueltos en el monte y muchas veces los campesinos no sabían cuáles o cuántos eran, preferían abstenerse de cazar, pues de esta forma no mataban lo que Giraldo había traído y evitaban el duro castigo que implicaba matar uno de los animales de “El Patrón”.

En los años posteriores a la década de los noventa, la cacería empezaría a considerarse como una actividad negativa tanto internacional como nacionalmente, a raíz de los discursos emergentes sobre la necesidad de conservar la biodiversidad de cara a un panorama de amenaza (Escobar, 1998). En este panorama, no solo se definieron una serie de estrategias que permitieran el aprovechamiento responsable y sostenible de los recursos naturales (ONU, 1992; Escobar, 1998), sino que también se estableció la necesidad de frenar o disminuir el impacto de aquellas prácticas que se consideraban hacían parte de esta amenaza, como la cacería. En concordancia con estos discursos, y debido a que los programas orgánicos que se insertaron en la Sierra Nevada no eran ajenos a los discursos de conservación alrededor de este espacio, EcolSierra y Cooagronevada mostraron su descontento y su rechazo hacia la cacería y el cautiverio de animales silvestres. Desde sus perspectivas, de manera similar a lo que sucedía con las quemas, esta actividad no solo contribuye a disminuir fuertemente la población animal de la Sierra Nevada, sino también a evitar la conservación de la misma. En consecuencia, desde estas organizaciones se establecieron una serie de normas que prohíben su realización por parte de los asociados a los programas de caficultura orgánica.

Para los campesinos que decidieron anexarse a los planes orgánicos la restricción de la cacería los introdujo en una situación complicada, pues si bien su realización como actividad recreativa ya no era tan frecuente, esta aún ocupaba un lugar importante en la subsistencia de la familia campesina. Como se mencionaba al inicio de este capítulo, la capacidad productiva de la tierra, desde la perspectiva campesina había comenzado a mermar considerablemente; las cosechas de pancoger dejaron de ser abundantes y a crecer en un buen tamaño. Adicionalmente, desde el 2008, según Sandra, los precios del café comenzaron a bajar<sup>23</sup>, a un punto en el que ya lo que se obtenía por la cosecha no era suficiente para mantener a la familia o para comprar alimentos de manera regular en los mercados de Santa Marta. Así, aunque siempre ha habido altos y bajos con el café y con la cosecha de pan coger, la situación actualmente es mucho más complicada. Hoy en día, los campesinos dependen en mayor medida de su tierra, pues ya que no hay suficiente dinero

---

<sup>23</sup> En este punto es necesario aclarar que si bien durante el verano del 2012 al 2015 los precios del café no estuvieron tan bajos, debido al verano mismo los caficultores de Boquerón no tuvieron buena cosecha que vender y el dinero que se obtuvo fue poco.

derivado del café y no hay tanta facilidad para comprar alimentos en la ciudad en caso de que estos escaseen en la finca. Así mismo, como las cosechas no son tan abundantes, estas deben protegerse de una manera mucho más recelosa.

En este contexto en el que la situación ya es lo suficientemente complicada, la presencia de varios animales al interior de las rozas se hizo problemática. En nuestro camino de regreso a las rozas de yuca donde íbamos a poner el chopo, Isaac comenzó a comentarme cómo esos animales eran un verdadero problema para sus cultivos. Mientras nos deslizábamos entre las matas de yuca, Isaac hincó una rodilla en la tierra para poder mostrarme las raíces de la yuca. “Vea es que eso escarban y eso todo lo que queda, queda así destapado” continuó diciendo mientras arrancaba el palo para que yo viera. “Eso queda así destapado, a eso le cae agua o le cae sol y eso se pudre la mata completa, y cuando vuelven escarban un palo diferente”<sup>24</sup> dijo mientras me mostraba cómo otros palos seguían el mismo camino y comenzaban a pudrirse.



**Imagen 2. Yuca roída por los ñeques que ha comenzado a pudrirse por el sol y la lluvia.**

Ante esta situación, continuó contándome Isaac, ellos habían intentado de todo: poner zanjas con agua de trementina alrededor de la rosa, poner espantapájaros e inclusive cercar. Sin embargo, aunque funcionó para algunos animales durante algunas semanas, como “esos

---

<sup>24</sup> Reconstrucción de una conversación informal con Isaac Aguirre, 8 de Mayo de 2018.

animalitos no son bobos, al final no funcionó”. Después de algunas semanas, los animales acostumbrados al olor de la trementina o a la figura inmóvil de espantapájaros, nuevamente se aventuraban a comer de los cultivos.

Tras algunas horas en el cultivo de yuca revisando la tierra, Isaac y yo decidimos continuar en la labor de buscar palos de los que ya se pudiera extraer semilla. Caminando por el filo de manera cautelosa, con rula en mano, Isaac comenzó a cortar las grandes “yes” que van anunciando una yuca ya crecida. En medio del sonido de la rula golpeando los palos, le pregunté a qué opciones había decidido recurrir para controlar a los animales. Con un palo aún entre las manos se quedó en silencio durante unos minutos hasta que contestó:

“Vea mi niña, yo aquí pensando como es la vida. Es que vea póngase a pensar que el campesino al final con lo único que cuenta es con su tierra, esperando que esta a la vuelta de un año le permita a uno comer algo. Vea como es que esta yuquita es un palito- dijo sosteniendo la “ye” entre sus manos- una la corta más o menos así [aproximadamente en palitos de 6 centímetros] y uno la siembra hasta aquí [menos de la mitad] y dice uno “Dios mío ojalá y la vuelta de un año yo ya tenga que comer”- continuó- y ahí va creciendo. Pero un animalito de esos es dañino y lo va acabando. Entonces pues si no se puede [detenerlo] pues toca cazarlo porque qué más”<sup>25</sup>.

En las épocas en las que las que aún era más sencillo procurar el alimento en la vereda, los animales se alimentaban igualmente de los cultivos e inclusive se movían en grupos mucho más grandes que en la actualidad. Al respecto de esas épocas, Sandra solía recordar cómo “eso antes uno veía las manadas de diez o veinte saínos por ahí trillando yuca, frijol, lo que encontrarán”. A pesar de que estas afectaciones ya tenían lugar, los campesinos parecían sufrirlas en menor medida. En las palabras de Isaac, en esa época había muchas más rozas y comida disponible, entonces el daño solía repartirse entre varios hogares y varias rozas. En la actualidad, el alimento es mucho más escaso y las posibilidades de reemplazar la cosecha con algo comprado en Santa Marta, o brindando por un vecino, es menor. Esta situación que ha afectado tanto a campesinos como a animales, ha generado que los daños que estos últimos generan se sientan de mayor manera porque ahora comen en una sola rosa, pues como Isaac mismo lo menciona: “ahora [a los animales] les toca rebuscarse como más la

---

<sup>25</sup> Reconstrucción de una conversación informal con Isaac Aguirre, 8 de Mayo de 2018.

comida , porque como antes todo el mundo cultivaba pues encontraban [comida] como más fácil”<sup>26</sup>.

En este contexto, en el que la situación alrededor de la comida no es fácil, los campesinos se ven en la necesidad de proteger sus cultivos de una manera mucho más recelosa, pues al pasar a depender de una manera mucho más fuerte de su producción, aquello que a esta le pase los afecta y perjudica directamente. En una vereda como el Boquerón, los campesinos se encuentran en contacto constante con sus cultivos, sus rozas y sus cafetales. A raíz de las actividades que cotidianamente desarrollan en las rozas como deshierbar, cortar, sembrar y revisar el estado de las plantas, los campesinos comienzan a entender qué necesitan las plantas, y qué necesitan ellos de las plantas (Puig, 2017; Boke, 2016; Singh, 2013). En este ejercicio cotidiano, los productores no sólo se comienzan a moldear y a satisfacer necesidades, sino que también “la capacidad de afectar y verse afectados se articula y se fortalece en medio de esta relación” (Singh, 2013: 194). Así, por ejemplo, los campesinos entienden de qué maneras pueden afectar a sus plantas (darles más nutrientes, cortarlas si ya no hay formas de nutrirlas, etc.); y de qué manera lo que a estas les pase (que se sequen, las dañen, o pudran) puede afectarlos.

Bajo esta situación, como menciona Isaac, los productores se ven en la necesidad de proteger sus cultivos de los animales, pues estos al generar la pudrición de la yuca, al dejarla descubierta, e ir comiendo cada vez más de la producción, comienzan a afectarla y a acabarla. A medida que el animal va acabando el cultivo, las reservas de alimento que tienen los productores se van reduciendo cada vez más. En consecuencia, debido a estos cambios en las relaciones alrededor de la comida, los animales empiezan a presentarse como una amenaza hacia las posibilidades y oportunidades de los habitantes del Boquerón de producir y de poder comer. Esta percepción de los animales como posibles amenazas para las posibilidades para alimentarse, no solamente ocasionó que los campesinos comenzaran a pensar de manera distinta a los animales. Adicionalmente, estos cambios y la subsecuente dependencia del campesino hacia la tierra que estos acrecentaron, comenzaron a jugar un papel fundamental en la manera en que se definen las relaciones entre campesinos y animales, al igual que la vida de cada uno de ellos.

---

<sup>26</sup> Fragmento de una conversación informal con Isaac Aguirre, 8 de Mayo de 2018.

Durante mi tiempo en la vereda, Sandra solía mencionar cómo en la Sierra los ñeques han sido animales que se han cazado con regularidad en la vereda, igual que los venados, las guatinajas y los zainos. Algunos años atrás a los ñeques se les podía ver corriendo por los cultivos e inclusive por los filos de las montañas, soltando carcajadas a los cazadores cuyas armas no lograban alcanzarlos o herirlos. Causaban daños, y eran grupos aún más grandes, pero no se veían tantos. Sin embargo, en la actualidad, según Sandra estos son:

“tantos que se convirtieron en plaga. Aquí hace rato no se siembra yuca porque ellos van y arrancan un palito y no encuentran y arrancan otro y así. ¡Vea! Ese animalito no nos dejó comer ni un solo palo de yuca. Eso ya se ha convertido en plaga, eso donde ve un lote de yuca o un lote de malanga lo acaban. Esos animalitos ahora por donde van pasando van dejando es una sola trilla. Antes [cuando Sandra llegó a Boquerón, 1997] eso no era así. Vea eso yo sembraba yuca y duraba tiempos, eso ni las ratas se las comían. A ese animalito toca [controlarlo] es cazándolo porque ¿cómo más? Ahora eso le toca a uno tener cerquita de la casa [la yuca]; ¡porque se la comen!”<sup>27</sup>

A raíz de que los ñeques comenzaron a dejar de carcajearse en el monte frente a los cazadores, para pasar a comer de los cultivos de los campesinos de una forma tan alarmante para ellos, la forma en la que estos se pensaban cambió. Ahora, desde lo que muestra Sandra, son pensados como plagas pues además de que son muchos, alteran las posibilidades de su familia para disfrutar los frutos de su producción. A pesar de que anteriormente estos animales ya eran cazados, es más que nada la forma en que en la actualidad estos han pasado a relacionarse con los cultivos que hacen que se piensen como una plaga. Desde la perspectiva de Van Dooren (2015), la manera en la que se piensan los animales y la manera en la que cotidianamente nos relacionamos con ellos, son elementos fundamentales para definir las formas en las que los animales se piensa, se cuidan o se mantienen. Así, por ejemplo, en el caso de los cuervos en Hawái, Van Dooren muestra cómo en la medida en que estos animales son pensados como animales nativos de la isla que están desapareciendo y que han de ser mantenidos, estos son mantenidos en jaulas especiales, se les protege de los depredadores e inclusive, se vela por su bienestar de manera constante.

---

<sup>27</sup> Reconstrucción de una conversación informal con Sandra Parejo, 24 de Abril de 2018.

Así mismo, muestra cómo desde esta relación, aquello que se considera como una amenaza para estos, como los cerdos, son catalogados de maneras peyorativas que justifican su eliminación y su alejamiento de los cuervos. En el caso de Boquerón, la situación se podría pensar de una manera similar. En el marco de pensar los cultivos como algo que es valioso y que es necesario mantener pues de allí proviene el alimento, aquello que los amenace de manera considerable, es considerado como una plaga. Así, por ejemplo, cuando los ñeques se convirtieron en una amenaza para los cultivos, y por tanto para la alimentación campesina, se comenzaron a pensar como algo que debía ser controlado de alguna manera. En la medida en que otras alternativas (zanjas, creolina, cercas, etc.) fallaron, la forma de controlar estos animales que encontraron los campesinos – y que aún se mantiene – es la cacería. En pocas palabras, podría decirse que en la medida en que estos animales comienzan a dañar los cultivos, aquello que se considera ha de protegerse, estos comienzan a ser representados como una “plaga” o algo “dañino” que amenaza la posibilidad de continuar viviendo de la producción en la vereda. Por tal razón, deben ser controlados y/o alejados de los cultivos.

Sin embargo, en la vereda no todos los animales se consideran plagas o amenazas. Por el contrario, también existen algunos que son considerados como “compañías”. En la casa de Sandra es posible encontrar varios animales en el día a día. Sin rumbo fijo, los perros vagan de aquí para allá con las correrías de la familia, los pájaros llegan al gran guamo que le brinda sombra a la casa, y los marranos, gallinas y gallos se pasean tranquilamente por la finca. Sin embargo, un animal cambia fuertemente estas rutinas. Varias veces al día, “la chiquitica” se acerca a la mesa de madera, la camina, y examina todo a su alrededor. Se eriza, levanta su fuerte cresta y emite ruidos que avisan un ataque “¡ru, ru, ru!”. Cuando encuentra a Sandra se tranquiliza, se sube a sus manos y se deja consentir con delicadeza las plumas que adornan su larga cola. “La chiquitica” es una pava de monte joven que Sandra acogió en su hogar hace ya más de dos años. Todos los días cuatro veces al día se la encuentra en la mesa de la casa, donde Sandra la alimenta con aguacate, guineo e inclusive arroz si está de suerte. La chiquitica es un animal ampliamente querida por la familia, pues

además de no atacar nunca la yuca, el ñame u otro cultivo de pan-coger que haya en las rozas, se la encuentra de manera constante en la casa.

Gracias a que la chiquitica no se alimenta de los cultivos de pancoger o de café, para Sandra no es una amenaza. Así mismo, debido al contacto prolongado que tiene con ella todos los días, Sandra ha logrado comenzar a pensarla como una compañía en su día a día. En el marco de las relaciones cotidianas, sostiene Haraway (2008) de manera similar a Van Dooren (2015), las relaciones entre los humanos y los animales tienden a cambiar, a desarrollarse e inclusive a complejizarse. Durante este proceso, las personas comienzan a entender las necesidades que tiene el animal en cuestión, e inclusive van aprendiendo cada día nuevas cosas de este que le permiten relacionarse con él de mejor manera- o mantenerlo alejado. Así, tanto para el caso de los cuervos que expone Van Dooren (2015), como el de la perra Cayenne que expone Haraway (2008), los autores muestran cómo a través del contacto prolongado, el encuentro entre personas y animales se convierte en un espacio de aprendizaje en el que la persona transforma lo que sabe, piensa y conoce sobre el animal en cuestión. Así mismo, menciona Haraway (2008), en este proceso de entender al otro, se abren “espacios de contacto”, es decir, espacios donde “las acciones se realizan, y en donde las interacciones futuras, determinan las intervenciones venideras” (219).

En el caso de Boquerón, debido a que la pava es un animal que no afecta las rozas es un animal que tiene la posibilidad de estar y de llegar al espacio de la casa, e inclusive de las rozas. A través de este proceso de llegar y de estar allí de manera cotidiana, Sandra aprendió cuáles son las comidas que prefiere la pava, como el aguacate y el banano. De la misma manera, este proceso de aprendizaje y de cercanía, permite que cambie la manera en la que Sandra se relaciona con la pava. En este caso, la cercanía produce que Sandra vele por la seguridad de la pava para que esté lejos de los depredadores. Así mismo, cuando su ausencia se siente, se vela por su seguridad, se le pregunta y se busca. Sus plumas son revisadas con frecuencia y se busca garantizarle el alimento. En pocas palabras, este contacto con la pava, de aprender qué le gusta y qué no, sus horarios de llegada, ha permitido que a lo largo del tiempo Sandra haya desarrollado relaciones de afecto hacia ella y la haya comenzado a considerar como un animal que está allí con ella en el día, que es

una compañía. En consecuencia, al ser considerada de esta forma, se comienza a velar por su seguridad y su bienestar asegurando su comida y evitando que sea cazada.

De manera similar a lo que sucede con los ñeques, y a lo que mencionaba Van Dooren (2015), estas formas de clasificación de los animales, al igual que el desarrollo de zonas de contacto con ellos, como menciona Haraway (2008), permite que se desarrolle una forma de pensar a la pava, que favorece que esta no sea cazada. Ahora, si bien este criterio de si es compañía o es plaga es fundamental para delimitar la cacería en Boquerón, no es el único. Adicionalmente, en este proceso también es clave la consideración de los campesinos sobre la escasez o abundancia del animal, y el gusto personal<sup>28</sup> que se tiene por el mismo. Así, por ejemplo, recordando lo que decía Sandra, los ñeques son cazados porque además de dañar los cultivos, son demasiado abundantes y los daños que causan son grandes. Así mismo, otro elemento que define que sean cazados, es que su carne tiene un sabor que le gusta a los campesinos. De esta forma, a través de su caza no solamente se soluciona un problema, sino que también se come una buena comida. Un caso contrario, es decir, de un animal aunque dañe los cultivos no es cazado, es el de los venados de cola blanca.

La presencia de los venados en Boquerón es más un recuerdo, y una imagen en la portada de los empaques de café orgánico, que una realidad. Hace mucho dejaron de verse manadas por ahí. En el mes de Abril, la casa de un vecino de Jaime comenzó a ser frecuentada por una venada y su cría. Estas entraban a las rozas, se alimentaban de algunas plantas y con sus cascos afilados maltrataban e incluso destruían algunas de las plantas recién sembradas. Para mi sorpresa e intriga, respecto a ella nunca se habló de poner un chopo o un trampero. Inclusive, en una oportunidad en la que unos trabajadores de la finca intentaron cazarla fueron amenazados de perder sus trabajos. Intrigada decidí comentar con Jaime y con su vecino Aníbal la situación. “No, no, Julianita, es que ¿uno cómo va a ponerse a matar un animalito de esos? ¡No ve que uhhh eso por acá si ta’ escaso! Más haría yo un daño matándola” me contestó algo irritado Jaime. “Si, es que eso ta’ escaso, y ese [el venado] yo si que no lo dejo matar, uno por ahí la ve y por ahí anda”, continuó haciendo señas de

---

<sup>28</sup> Con gusto personal no me refiero a un gusto netamente individual, sino a una serie de gustos compartidos por gran parte de ellos alrededor de ciertos animales.

negación con su cabeza. “Es que uno para que va a cazar un animal de esos, hasta lindos se ven por ahí, esa con la cría se ven lo más de bonitos, esa cría toda pequeñita, esa colita toda blanca, y hasta la forma de las orejas que es hasta graciosa”<sup>29</sup> continuó Aníbal.

El hecho de que los venados sean animales que están escasos juega un papel fundamental en la forma en la que los tratan los campesinos. De manera contraria a los ñeques, a pesar de que estos animales también generan daños en los cultivos los daños que estos generan no son tantos. Así mismo, debido a que se reconoce que estos animales casi no se ven y quedan pocos, se busca no contribuir a que sigan desapareciendo. En consecuencia, como muestra Jaime, estos animales no son cazados, perseguidos o catalogados como plagas y como sus daños no son muchos, se les deja comer. Sin embargo, como no desarrollan un contacto prolongado con los campesinos, estos tampoco son considerados como compañías, es decir, como animales que están allí en las fincas en el día a día, y que están de cerca durante la realización de las actividades cotidianas. En consecuencia, habitan un espacio intermedio en el que aunque no son compañía, ni plaga, no se procura su alimentación pero tampoco se les caza. Sin embargo, no es el único criterio que define esto.

En el marco de definir las acciones de vida o muerte alrededor de los animales, Van Dooren (2015) suele mencionar cómo estos procesos, en el marco de las estrategias de conservación, están mediados consideraciones sobre la escasez/abundancia del animal, pero también sobre la base de si es un animal nativo o foráneo de un espacio determinado. Contrario a estos esquemas de conservación o de protección de los animales que menciona el autor, estas decisiones campesinas sobre qué animales no han de cazarse si bien se anclan en la idea de la escasez, también lo hacen en gustos personales hacia determinados animales. Así, como muestra Aníbal, los venados no solamente no se cazan porque sean escasos, sino también porque es un animal que produce gusto ver, que se ve “bonito” y que se considera es necesario mantener en la vereda.

---

<sup>29</sup> Todo lo que se encuentra en comillas en este párrafo hace parte de una conversación informal que mantuve con los dos el 19 de Abril de 2018.

En pocas palabras, recogiendo tanto el caso de los ñeques como el de la pava y los venados, podría decirse que en Boquerón, los campesinos que se encuentran asociados a los planes de caficultura orgánica, no cazan todos los animales, ni cazan porque sí. Por el contrario, las decisiones de vida o muerte se hacen, de manera aparentemente lógica, teniendo en cuenta donde los organismos/especies se ubica en términos generales, como sus relaciones específicas con otros organismos/especies” (Van Dooren, 2015: 10), y a otros elementos como los cultivos. Así, en Boquerón aquellos animales que se cazan se definen sobre la base de las relaciones que tienen con los cultivos, consideraciones y gustos personales, e inclusive sobre la escasez y abundancia que consideran los campesinos hay alrededor de estos.

En efecto, todos estos elementos no solamente median la manera en la que se les representa en el día a día, sino también las maneras en las que los campesinos se relacionan con ellos y, en consecuencia, deciden si han de ser matados o no. Así mismo, como se mencionaba al inicio de este apartado, los animales se cazan en principio para proteger los cultivos y para alimentar a las familias. Así, aunque hay personas que cazan para vender o por ocio, en el marco de “hacer mejor las cosas” alrededor de la cacería, lo idea es cazar siguiendo estas delimitaciones sobre qué cazar y como, y cazar solamente para proteger los cultivos o alimentar la familia.

En este capítulo, me centré en mostrar cómo en el marco de un lugar como la Sierra Nevada, los programas de caficultura orgánica han tomado una serie de nociones y definiciones sobre la conservación ambiental que ponen en situaciones complicadas a los campesinos. Particularmente, alrededor de prácticas como la cacería y la realización de quemas agrícolas. En el marco de “hacer mejor las cosas”, estas dos prácticas me parecían particularmente interesantes porque eran dos elementos que se pensaban como contrarios a la manutención de los recursos. Sin embargo, con lo visto en este capítulo, me parece interesante cómo a pesar de que son prácticas cuyo impacto es discutible, los campesinos desarrollan alrededor de ellas sus propias nociones de manutención de los recursos naturales. Nociones que más que derivar de planes y esquemas de conservación, son respuestas a cambios que se presentan en el contexto y en la localidad. Verbigracia, la

inserción de los planes orgánicos, los discursos de conservación e inclusive los cambios mismos en la productividad de la tierra a lo largo de los años, entre otros.

Así mismo, me parece interesante como precisamente en el marco de “hacer mejor las cosas” alrededor de estas prácticas, la conservación, el cuidado y la manutención de los recursos naturales, deja de verse como un alejamiento de la naturaleza para pasar a ser otra cosa. A saber, una apuesta generada desde la localidad que consiste en formas de utilización y de los recursos de manera mucho más consciente y controlada. Formas de manejo que tienen como objetivo, no solamente tener el recurso a disposición y permitir que este siga existiendo, sino también buscan mantener la posibilidad de que este pueda seguir siendo utilizado, aprovechado o disfrutado por los campesinos en el proceso de vivir y construir nuevas posibilidades de seguir cultivando y viviendo a futuro en la vereda.

## **CAPÍTULO 2**

### **REPENSAR LOS PLANES ORGÁNICOS EN EL DÍA A DÍA Y LA CORRESPONSABILIDAD EN EL MANEJO DEL AGUA**

En los meses de octubre y noviembre las cerezas de café terminan de engrosar. Lentamente sus colores amarillos apagados van dando paso a un fuerte carmesí que anuncia la cosecha. Poco a poco, los sacos de café comenzarán a amontonarse alrededor de las despulpadoras. Las “jotagallo” trabajarán sin cesar, al igual que los campesinos. Después de despulpadas, las almendras de café ya babosas y con un sabor dulzón serán puestas a reposar con un poco de agua en tanques. Allí, durarán un par de horas que serán contadas con precisión. Una vez soltada la miel del café, es decir, la baba que recubre las almendras ya no esté, las almendras se vacían en grandes caminos embaldosados y con ayuda de cepillos, palos y agua se menearán hasta que estén en su punto. En este momento, como menciona Jaime recordando este proceso es: “dele y dele [meneando el agua] hasta que la almendra queda blanquita, blanquita, uno coge y mira, si uno la coge en los dedos y resbala, pues no está entonces ¡hágale otra vez, y dele!”. Con la almendra ya “blanquita”, esta es pasada a los patios de secado en donde se pondrá al sol para que adquiera el color pergamino que caracteriza al café seco.

En estos lugares el campesino vigilará que la almendra adquiera este color de una manera pareja, y que no se seque más de lo debido para que el grano no pierda ese color verde oliva tan deseado. Así mismo, y si la vista les falla, pondrán varios granos en las manos y las pesarán. Con el sólo peso revisarán la humedad, si les falta sol, si están en punto o si ya están pasadas. Mientras las almendras reposan en el sol, los caficultores manejan los desechos de este proceso de beneficio. Por un lado, compostan la pulpa de las cerezas. Por el otro, a través de tubos, mangueras, corredores velan porque las aguas mieles, es decir, aquellas que ahora tienen la miel del café, lleguen a los tanques de descontaminación. Todo para que estas no caigan a ríos y quebradas. A lo largo de este proceso de beneficio, secado y post-beneficio, los campesinos ponen en práctica todo el conocimiento que han adquirido y perfeccionado a lo largo de una vida trabajando y viviendo con el café. Todas las habilidades como el “ojo para el café”, todas las herramientas como “mirar los colores del café”, entre otras, que hacen más fácil su labor en el día a día.

En el marco de los programas orgánicos, los campesinos que deciden comenzar a hacer parte de ellos no sólo tienen que seguir las normas que estos proponen. Desde las organizaciones orgánicas, de manera paralela a normas como la prohibición de la cacería o de la quema, se desarrollan una serie de estándares y de conocimientos alrededor del café y del uso y manejo de los desechos derivados de su beneficio. En el camino de “volverse productores orgánicos”, los conocimientos que han adquirido los campesinos a lo largo de una vida trabajando con y alrededor del café, entran en contacto con estos estándares y conocimientos que se proponen desde las organizaciones orgánicas para obtener un café “100% orgánico”. Por esta razón, en este capítulo me intereso por comprender las relaciones que se tejen en el encuentro entre el conocimiento campesino y estos estándares y conocimientos que se proponen desde los planes orgánicos alrededor del café.

En este capítulo argumento que en este encuentro, los campesinos toman herramientas del conocimiento orgánico y de sus estándares para poder acoplarse de manera mucho más sencilla a lo que se les pide. Así mismo, que este proceso de adaptar herramientas e irse acoplando a los que se les pide en el marco de estos planes, los caficultores encuentran elementos que les permiten re-pensar lo que implica ser un productor orgánico y qué etapas

en el proceso del café abarcan estos planes; al igual que su corresponsabilidad en el manejo del agua y el bienestar de los otros campesinos en el marco de un lugar como El Boquerón. Todos estos, elementos y nociones desde las cuales los campesinos construyen lo que implica “hacer mejor las cosas” alrededor del café pergamino y del manejo del agua. Para el desarrollo de este argumento, me centro en ver este encuentro alrededor de dos prácticas: “el ojo para el café” en los procesos de selección manual del café; y el manejo de aguas mieles- las aguas que quedan después de lavar el café- a través de sistemas modulares de tratamiento anaerobio (SMTA).

En la primera sección, me concentré en los procesos de selección del café desde las exigencias propuestas por las organizaciones orgánicas. En este apartado argumento qué, en el proceso de adaptación de nuevas prácticas y de reajuste del “ojo para el café” desde los esquemas de las organizaciones orgánicas, los campesinos no solamente encuentran herramientas para mejorar su café, sino que también comienzan a re-pensar lo que implican los programas orgánicos en el día a día. En este caso, estos dejan de pensarse como una forma de producir con químicos para ser una búsqueda de calidad en el café. En consecuencia, para los campesinos “hacer mejor las cosas” alrededor del café en pergamino implica seguir utilizando estas herramientas para cumplir con esa calidad.

En el segundo apartado, me centro en los procesos de manejo de aguas mieles y residuales a través del uso de sistemas modulares de tratamiento anaerobios (SMTA) o tanques de manejo de aguas residuales. En este punto, me interesa argumentar que a raíz de la relación que se produce entre las definiciones de “aguas buenas” propuestas por las organizaciones orgánicas, y la importancia que tiene este recurso para los campesinos, los productores comienzan a comprender y a desarrollar nociones sobre la corresponsabilidad que tienen alrededor del manejo del agua y el bienestar del otro en Boquerón. En consecuencia, “hacer mejor las cosas” alrededor de este recurso implica reconocer esta responsabilidad y utilizar los tanques de manejo del agua para no afectar el agua que recibirá el otro.

**“Debería ser más por la forma de producción, pero lo orgánico se refiere es a ese proceso, más a buscar esa calidad”**

Una vez que las almendras han sido enjuagadas con agua limpia en el canelón son trasladadas por los campesinos a las marquesinas o a los patios de secado. Con ayuda de un rastrillo desdentado de madera, las manos y escobas, los granos se extienden por el suelo en una capa pareja. Se nivelan los turupes y se intenta separar los amontonamientos de granos para que las almendras se sequen de la manera más uniforme posible. Pasadas algunas horas o, en algunas ocasiones, días de sol, el café se encuentra listo para ser seleccionado manualmente. El proceso de secado y selección manual del café, es realizado por los campesinos con gran meticulosidad, pues de este depende gran parte de los ingresos que obtendrán en los centros de acopio por la venta de su café. Aquí, su producción tiene que ajustarse a lo que es un “buen café”, un café de “calidad”, es decir, tiene que cumplir con todas las condiciones de compra que se establecen desde las organizaciones orgánicas. De lo contrario su café se pagará a menor precio y se reducirán las ganancias del producto.

En la actualidad, el cumplimiento de ciertos estándares y de reglamentaciones<sup>30</sup> que se proponen para el café pergamino, o café seco de trilla, determinan el precio que se le paga al productor por bulto en los centros de acopio, y de compra y venta del café. Desde la Federación Nacional de Cafeteros, se han establecido unas normas de calidad del café verde tanto para su exportación como para su comercialización al interior del país. Para los productores orgánicos, el cumplimiento de estas normas tiene que ir acompañado con los estándares determinados por el sello de alimentos ecológicos del Ministerio de Agricultura y las normas de comercio establecidas por los países<sup>31</sup> a los cuales estas organizaciones le están exportando el café. Contrario a lo que sucedía con las quemas o la cacería, estas normas y estándares de calidad que se le exigen a los productores son mucho más difíciles de negociar, flexibilizar o modificar, pues estas ya no se ejecutan y verifican en el espacio de las parcelas, ni con visitadores que no pueden recorrer todo el espacio de las fincas. Por

---

<sup>30</sup> Véase por ejemplo la Resolución 02 de 2016 por la cual se unifican y actualizan las normas de calidad del café verde en almendra para la exportación de la Federación Nacional de Cafeteros.

<sup>31</sup> Aquí por ejemplo podrían considerarse las normas del USAID y del USDA-NOP del gobierno de los Estados Unidos; o los estándares CE 834/2006 y CE 889/2008 de la Unión Europea, entre otras.

el contrario, el cumplimiento de estas normas y estándares se verifica en los centros de venta, de manera individual, a través de máquinas que determinan los tamaños, la humedad, la cantidad de broca<sup>32</sup> y otros desperfectos que tiene el café. Adicionalmente, tras pasar estas pruebas, en su lugar de destino el café es verificado nuevamente.

Tener un café “de calidad” implica para los caficultores orgánicos poder acceder a una prima orgánica. Un sobreprecio con el que se les paga<sup>33</sup> aproximadamente mil quinientos pesos por kilo de café que se considera excelso y 100% orgánico. La situación con la venta del café en el país se ha ido complicando cada día más. A pesar de que los precios del café siempre han sido inestables, para los campesinos de Boquerón aunque no se vivía con los mayores lujos, lo que se obtenía por el café alcanzaba para asegurar la manutención de las familias. Para Jaime, desde el 2007, los precios del café ya son suficientes para el caficultor. De hecho, cuando realicé parte de mi trabajo de campo en Marzo del 2018, el precio de la carga y de la libra de café en el mercado habían comenzado a bajar<sup>34</sup> considerablemente.

Los precios por los que se pagaba el café no llegaban a superar los costos de producción de los campesinos, e inclusive varios campesinos llevan muchos años trabajando “a pérdidas”. De manera adicional, en el marco de los programas orgánicos, los campesinos comenzaron a ver cómo el café que llevaban a los centros de acopio de las organizaciones orgánicas no cumplía con los estándares que se les pedían y, por lo tanto, no era comprado como café “100% orgánico”, sino como café “convencional”<sup>35</sup>. En Boquerón el café ha sido central en la vida de los campesinos, con él no solo levantaron las fincas, sino que también sacaron a los hijos adelante. Hoy en día, la esperanza de vivir del café, a pesar de sus altos y bajos,

---

<sup>32</sup> La broca es un pequeño animal, de menor tamaño que la cabeza de un alfiler, que se mete por la parte superior de la cereza del café y que poco a poco se va comiendo la almendra. En los procesos de selección se la puede identificar como un punto o como un hueco negro en la almendra de café.

<sup>33</sup> Esta prima la obtienen los campesinos solamente después de que el café es considerado como 100% orgánico. No antes, es una especie de “retroactivo”.

<sup>34</sup> De hecho, gracias a un reciente artículo de El Espectador, fue posible para mí enterarme que el café había estado bajando su precio desde el año 2016 y en la actualidad lo que ganan los caficultores por él no supera los gastos de producción (El Espectador, 2018). Me enteré por la noticia, ya que si bien en campo la gente solía decirme que el café no retribuye, decían que era algo que viene de mucho tiempo atrás y no de la situación actual.

<sup>35</sup> Con café convencional, los campesinos hacen referencia al café que se produce con insumos químicos.

sigue siendo muy fuerte. Como Jacobo, un cafetero de la vereda, solía mencionar: “Es que el café, puede ser más la idea de sembrarlo que cualquier otra cosa [por la que siguen cultivando café], pero es que uno sigue pues porque uno está enseñado a eso, es que uno es cafetero. Uno nació prácticamente con el coco [recipiente para recoger el café] en las costillas. Es que, del café hemos vivido y tendremos que seguir viviendo”<sup>36</sup>.

Frente a esta esperanza que aún existe alrededor del café como un cultivo del cuál esperan seguir viviendo, y que aún cultivan, los campesinos han tenido que buscar distintas formas para lograr minimizar toda característica del grano que haga que este no cumpla con los estándares de calidad, o que no este no se pague como café orgánico. Una de estas alternativas, ha sido la modificación y ajuste del “ojo para el café” durante los procesos de selección del café seco de trilla. Durante el mes de Febrero y Marzo, algunas de las ocasiones en las que me encontraba con Jaime resultaban en largas tareas de selección y secado el café en almendra. En una ocasión, cuando nos encontrábamos secando café en los patios, se agachó hacia el café seco y tomando dos granos entre sus manos me preguntó qué era lo que yo veía era diferente entre ellos. Sin saber qué diferencias estaba buscando, decidí responderle de la manera más sencilla que encontré:

E: Pues...los granos tienen diferente tamaño, ¿no?

J: Mi niña, mire bien lo que está mirando. ¡Mire con los ojos, no con la cabeza!- dijo aún sosteniendo los dos granos en la palma de su mano.

E: No sé, Don Jaime, de verdad no sé que estoy mirando

J: Mi niña, estos granos no se están secado de manera pareja- decía mientras con la palma de las manos trituraba el pergamino y con su aliento venteaba los granos- mire cómo después de que yo le quito la cáscara se ve. Pero mire, ¡mire! ¡Huuf! Este de aquí está más oscuro, todavía le falta, pero este ya tiene ese verdecito claro que usted ya sabe que le sirve. Por ejemplo, vea ese café que trajimos de donde Luis, ese café ya no está bueno pa’ escoger.

E: ¿por qué no?

J: Niña Juli, tiene que estar más pendiente mi niña. No ve que ese café ya está todo mojoso, está todo pegado, todo arrugado, vea que tiene ya como una tela blanca.

---

<sup>36</sup> Reconstrucción de una conversación informal con Jacobo Barbosa, 28 de Febrero de 2018.

Eso ya no sirve, hija. Por ese café así como está, eso ya no dan nada, eso a mí me lo penalizan como café malo”<sup>37</sup>.

Sin entender muy bien cómo era que esas diferencias eran tan sencillas de identificar a primera vista para Jaime, comenzamos a seleccionar el café. Sentados a la mesa frente a grandes montañas de café en pergamino empezamos a separar el café “bueno” del “malo”. A pesar de las indicaciones de Jaime, la tarea no era sencilla para mí. En varios momentos tuve que detenerme a comparar lo que yo estaba seleccionando con algún grano que Jaime ya hubiera determinado que servía y pasaba como “café bueno”. Tras mandar a la bolsa de “café bueno” varios granos que no cumplían con la calidad, decidí preguntarle Jaime cómo había aprendido a seleccionar el café. “Es que uno con verlo sabe, mi niña. Uno sabe ya es de la pura práctica, del experimentar aquí, eso es algo que se aprende al ojo de la experiencia, Juliana” me contestó.



**De izquierda a derecha: Imagen 3. Proceso de secado a “asoleado” del café en almendra. Imagen 4. Selección manual de café seco de trilla.**

En efecto, tras una infancia viviendo entre cafetales y tras vivir las épocas de la bonanza del café, esta era una labor muy sencilla pues, al final como Jaime mismo dice: “después de

---

<sup>37</sup> Diálogo construido a partir de la reconstrucción de una conversación informal mantenida con Jaime el 24 de Febrero de 2018.

tantos años, este es mi negocio y yo conozco mi negocio y lo que tengo”<sup>38</sup>. Desde lo que sostiene Jaime, durante estos procesos de selección, los campesinos movilizan y ponen en práctica una serie de conocimientos sobre el café que se van configurando a raíz del trabajo y de los años. Así, por ejemplo, Jaime hacía hincapié en cómo a raíz de una vida de manejar el café y de varios procesos de secado de las almendras él ha llegado a desarrollar una serie de habilidades que le facilita identificar de las formas en las que se ve el pergamino cuando el grano que contiene está mohoso, está aún húmedo e inclusive cuando ya tiene el color y grado de secado que se necesita. En pocas palabras, a lo largo de los años se va desarrollando el “ojo para el café”, es decir, un sentido visual y una “vista” mucho más aguda que les ayuda a los campesinos a reconocer de manera más rápida lo que están buscando, sin necesidad de mencionar de manera explícita los criterios que han aprendido en el oficio.

No obstante, si bien el conocimiento alrededor del café se desarrolla y se afina en medio de una vida de trabajo con el café, también se va modificando y complejizando a raíz de la influencia que tienen otros elementos en las comunidades como la adición de estos nuevos estándares propuestos por las organizaciones orgánicas en la comercialización del café. Las respuestas y las prácticas que emergen de los procesos de encuentro, negociación o choque que se producen entre el conocimiento local y el conocimiento “técnico” han sido ampliamente documentadas (Shepherd, 2004, 2006; Nygreen, 1999; entre otros). En varios de estos textos, se ha mostrado como las comunidades locales adaptan o utilizan las tecnologías derivadas de este conocimiento técnico de manera que resulten útiles o para estas se ajusten de mejor manera a sus condiciones de vida y producción (Shepherd, 2006).

Por ejemplo, para el caso de Tandanapa en Perú, Shepherd (2006) muestra cómo un sistema de riego implementado por ARINA en un proyecto de producción de semilla de papa, es tomado por las comunidades campesinas y utilizado de manera diferente a como había sido diseñado. Así, por ejemplo, Shepherd (2006) evidencia cómo en vista de que los sistemas de riego son muy agresivos para las plantas en su etapa germinal, los campesinos no los utilizan durante todo el proceso, sino solamente cuando ya esta está crecida. En

---

<sup>38</sup> Extracto del diario de campo, 24 y 25 de Febrero de 2018.

consecuencia, los campesinos modifican el uso de los sistemas de riego brindados por ARINA, para que estos encajen o se ajusten con sus formas de producción (cf. Shepherd, 2006: 418).

Sin embargo, en el caso de Boquerón la situación se distancia de lo que menciona Shepherd. En efecto, en el marco de los programas orgánicos, los campesinos entran a relacionarse con unos nuevos sistemas y unas nuevas tecnologías, en este caso: las máquinas que seleccionan y separan el café que se considera cumple con los estándares, del que no. Sin embargo, lo interesante de este caso es que los campesinos no tienen acceso a esas máquinas y a esas tecnologías, es decir, no pueden tocarlas, modificarlas o utilizarlas en el marco de sus parcelas de manera tal que se ajusten a sus formas de seleccionar el café. Por el contrario, los campesinos solamente tienen acceso a ellas en el momento en que se está seleccionando el café.

En ese sentido, no hay un contacto con la tecnología o con la máquina de selección como tal, que le permita al campesino adoptarla a lo que él necesita. Por tal razón, en este caso el campesino se ve en la necesidad de hacer el proceso inverso. Es decir, de ajustar su “ojo para el café” de manera tal que este le permita seleccionar un café cuyas características se compaginen con aquellas a través de las cuales las máquinas determinan cuál es -y cuál no- un café orgánico en los centros de acopio. En este sentido, argumento que gracias a las experiencias en los centros de acopio durante la venta del café, los campesinos van aprendiendo cuáles son las características que tiene que tener el café para que sea comprado como 100% orgánico; y desde allí estos experimentan en las parcelas para desarrollar una serie de prácticas que les permiten ir ajustar el “ojo para el café” para que su café se acerque lo más posible a estas características que se le exigen desde las organizaciones orgánicas.

En el mes de Febrero<sup>39</sup> estuve gran parte de mi tiempo compartiendo con Jaime y su familia. Durante los primeros días del mes solíamos caminar una y otra vez desde la casa

---

<sup>39</sup> En el mes de Febrero si bien ya no hay cosecha como tal, algunos de los campesinos compran café de otras fincas certificadas como orgánicas para obtener un poco de dinero extra entre cosechas.

hasta la estación del Boquerón llevando bultos de café que serían embarcados en el carro de la línea hacia Santa Marta. En el camino hacia la estación mientras llevábamos el café, conversábamos con Jaime sobre los procesos de selección y el hecho de ser un productor orgánico. Ya sabiendo que seleccionaban a través del “ojo para el café” y que era algo que habían aprendido a lo largo de los años, le pregunté a Jaime cómo había sido ese paso a los programas orgánicos. Desde su experiencia, los caficultores siempre han tenido que lidiar con que el café tenga cierto porcentaje de broca, que esté bien secado y que tenga un tamaño ideal para que se quede en las zarandas y no sea descartado por su tamaño. Sin embargo, como el mismo mencionaba: “ser orgánico no es fácil porque uno tiene que acogerse a muchas cosas, muchas más exigencias (...) a un índice particular para la compra del café que si usted no cumple pues no le dan prima orgánica”<sup>40</sup>.

Por esa razón, continúo contándome, los campesinos siempre tienen que estar atentos a lo que pasa en los centros de acopio donde se vende el café, para ver qué está funcionando y qué no. En los centros de acopio, más que simplemente llevar el café y esperar a que les digan si este pasa o no, los caficultores están pendientes de las razones por las cuales el café no pasa. Así, por ejemplo, Jaime solía contarme cómo si el café no tiene el punto de secado que se solicita en la organización orgánica este tiene que ser llevado nuevamente a unos patios- que tienen que pagar los caficultores- hasta que el café tenga el punto adecuado. En estas situaciones, el acontecimiento no solamente se queda como un hecho anecdótico en el quehacer del caficultor. Por el contrario, desde observar en qué punto de secado estaba el café cuando entró a patios y en cuál cuando salió, los productores pueden ir haciéndose una idea de la humedad que puede tener el café.

De manera similar, cuando el café se pasa por las zarandas y se separa por tamaño, los productores van mirando qué tamaño tiene el café que pasa, qué número de malla se utiliza, entre otras cosas. Así, similar a lo que pasaba con la humedad, se van haciendo una idea del tamaño que el grano de café tiene que tener. En consecuencia, podría decirse que en el marco de estos procesos de venta, los caficultores van observando y van aprendiendo cuáles son las características del grano a través de las cuales este se acepta, o se descarta, en los

---

<sup>40</sup> Fragmento de una conversación informal con Jaime Erazo, 17 de Febrero de 2018.

centros de acopio de las organizaciones orgánicas el café. Sin embargo, en el marco de este proceso, los conocimientos que los caficultores adquieren son todavía teóricos. Por tal razón, en la medida en que estos criterios son llevados a la práctica en las parcelas, es que se va ajustando el “ojo para el café”. Así mismo, es desde aquí que el campesino tiene la posibilidad de ir ajustando el café a lo que se necesita, de manera tal que este se acerque cada vez más a los criterios que determinan que el café se compre como “100% orgánico” en los centros de acopio de las organizaciones orgánicas.

En el mes de Febrero, durante los embarques del café a Boquerón, los trabajadores de Jaime se encontraba en el monte realizando las primeras limpiezas para la siembras. La finca estaba sola y horas antes habíamos puesto a reposar un café al sol en los patios. Teníamos que irnos, el carro de la línea iba a subir a la vereda y Jaime necesitaba enviar una carga de café a Santa Marta. En medio de no tener más opciones, Jaime le encargó Rubén estar pendiente del “punto del café” que se había puesto a secar al sol en la mañana. Rubén, un campesino con más de ochenta años ya encima y cuya vida se desarrolló alrededor de la arriería y el café, expresó su preocupación: “es que yo tenía el ojo para el café, pero como eso cambiaron las condiciones pues yo ahora eso ya no lo tengo” nos dijo con seria preocupación en su rostro. Intentando indagar por su preocupación, le pregunté qué le hacía pensar que ya no tenía la capacidad de vigilar el punto del café si, a fin de cuentas, él también había sido cafetero y sabía los criterios. “Muchacha, cuando yo estaba joven eso el café nada más era que fuera blanquito y que se viera bonito, ahora el sentido es otro, ya ahora hay más cosas que... yo ya le perdí la práctica”<sup>41</sup> terminó diciéndome mientras se dirigía a los patios de secado con paso apesadumbrado.

Las preocupaciones de Rubén son una muy buena forma de explicar porqué el conocer los estándares que se proponen de las organizaciones orgánicas no son suficientes para que se modifique el “ojo para el café”. Él ya no dedica su vida a esto, después de años de trabajo y de “bregar” con mulas, arrieros y bultos, pasa su tiempo ayudando con labores menores de la finca y haciendo una que otra roza cerca de la casa. Hace muchos años él ya no trabaja con el café y las pocas veces que lo hace es para tostarlo o molerlo para el consumo de la

---

<sup>41</sup> Extracto de diario de campo, 25 de Febrero de 2018.

finca. Nunca se ve en la necesidad de llevar el café a los centros de compra del café, ni de estar durante los procesos de verificación del grano de café de manera constante. En consecuencia, aunque Rubén sabe que existen unos puntos específicos que tiene que cumplir el café, es decir, que tiene que cumplir cierta humedad, tamaño, entre otros; no ha tenido la posibilidad de manejar el café para saber que este ha logrado esos puntos o como hacer para que los cumpla. Así, por ejemplo, aunque Rubén sabe que el café tiene que estar seco y lo ha visto, no tiene cómo saber cuánto tiempo le falta al café que tiene en la finca para que llegue a ese punto de secado. En consecuencia, aunque él sabe que las condiciones cambiaron, él ya “perdió la práctica” y no tiene herramientas para saber que el café está en su punto o cómo lograr este punto.

De manera contraria a Rubén, Jaime ha tenido la posibilidad no solo de conocer estos estándares sino también de ir perfeccionando sus formas de seleccionar y de secar el café desde estos. Con el conocimiento adquirido y ya en las fincas, Jaime comenzó a definir ciertos colores, cierta humedad y cierta cantidad de plaga que cree que pasará en los procesos del café. Así, con base en estos criterios buscará que todo su café se vea de esta forma, lo llevará a la organización orgánica y a través de prueba y error irá determinando qué faltó o qué funcionó. Así, ya en la parcela y con el café que tiene disponible podrá ir mirando si su café necesita secarse más, si se pasó o si es mejor dejarlo para el consumo de la casa.

Piénsese, por ejemplo, en las diferencias entre los dos granos de café que me mostraba Jaime. Desde lo que él menciona, él ya sabe que uno de ellos “tiene ese colorcito que funciona”, mientras que el otro le falta secarse y tiene que volver a ponerse al sol. Así mismo, sabe que el otro café está mohoso y no se lo van a aceptar. En pocas palabras, podría decirse que la práctica en las parcelas, además de permitirle al campesino ir interiorizando los estándares y encontrar maneras para adaptar sus formas de selección a los mismos, también les brinda la posibilidad ir ajustando a través de prueba y error el café para tomar encontrar maneras usar los estándares y así “superarlos, subvertirlos, aprovecharlos y resistir el peor de sus efectos” (Shepherd, 2006: 419). Como muestra Jaime, los campesinos aprovechan los aprendizajes que tienen al momento de venta del

café, para ir determinando cuáles son los criterios que tiene que cumplir su café. Así mismo, gracias a la puesta en práctica de esto en las parcelas, irán poco a poco modificando el “ojo para el café”. Con una “vista” mucho más afinada, será mucho más sencillo para ellos reconocer que grano de café va a cumplir con los criterios planteados, cuál no, y qué se puede hacer para que este café se compre como “100% orgánico”.

En consecuencia de lo anterior, podría decirse que este proceso de encuentro entre estas dos formas de pensar y de relacionarse con el café, permite alejarse de la tendencia de algunos estudios sobre el desarrollo a ver las respuestas e inventivas de las comunidades como una elección entre dominación o resistencia (Escobar, 1987, 2007, 2012). En efecto, autores como Escobar (1987, 2007, 2012) han tendido a mostrar cómo el desarrollo y los discursos que este conllevan, se han convertido en un proyecto, tanto espacial como cultural, que se impone y se afirma en varias esferas de la vida social transformándolas. En este contexto, sostiene, las comunidades han gestado una serie prácticas que son una forma de resistencia contra el desarrollo y lo que este implica: el conocimiento tecnificado que lo soporta, y sus prácticas dominantes guiadas por la acumulación y la ganancia (Escobar, 2007).

Sin embargo, en el caso de Boquerón, es posible pensar estas dinámicas de transformación de las tecnologías y esquemas del programa de caficultura orgánica más allá de la imposición y de la resistencia. Si bien los esquemas generan ciertos cambios en las prácticas de los campesinos- como la selección manual del café- la incorporación de estos esquemas por parte de los campesinos no solamente deriva de un proceso de imposición. Por el contrario, aunque Jaime y otros campesinos han decidido acoplarse a estos y realizar la selección manual del café, muchos otros caficultores simplemente no lo hacen y venden su café sin tantas consideraciones previas. Así mismo, los productores en lugar de asumir estas prácticas de selección y pasar por todo el proceso de adaptar el “ojo para el café”, podrían vender su café en otros centros de acopio donde las condiciones no sean tan severas o donde estas no se ajusten a los estándares de calidad orgánica.

De la misma manera, en la medida en que no son prácticas totalmente derivadas de la opresión, tampoco están guiadas por una forma de resistencia que se plantea en pro de

buscar un sistema alternativo al desarrollo y su lógica de acumulación. En lugar de ser formas de oponerse a las dinámicas de selección del café y a los estándares que con este se buscan, ajustar “el ojo para el café” es una forma que tienen los campesinos de mermar los impactos de estos estándares tienen en la venta de café; pero también de adaptarlos y de usarlos a su favor. No solo para obtener una ganancia económica que es necesaria, sino también de construir nuevas posibilidades que les permitan vivir en la vereda desde estos programas orgánicos. Así, como se mostraba al principio con la frase de Jacobo, si bien se busca tener un ingreso del café, también estas prácticas en el marco de estos programas son una forma que tienen los campesinos de seguir viviendo de algo a través de lo cuál han construido la vida y han levantado fincas y familias en la vereda: el café.

Ahora, con esto no me interesa sostener que entre el conocimiento campesino y los estándares y conocimientos propuestos desde las organizaciones orgánicas no hay diferencias, tensiones, imposiciones y resistencias. Sin embargo, asumir directamente la oposición entre estos dos y sus formas de ver los recursos, no permite ver cómo desde el encuentro y la relación entre estos dos- o entre conocimiento local y desarrollo- estos elementos interactúan, se superponen y se integran (o no) el uno en el campo del otro (Gupta, 1998). Así mismo, pensar precisamente desde estas relaciones permite ver las maneras en que desde aquí se modifican las formas en las que localmente se piensan tanto las consecuencias, como lo que implican los programas tanto gubernamentales, como no gubernamentales.

Por ejemplo, para el caso de Alipur, Gupta (1998) evidencia cómo en el marco de la implementación de la Revolución Verde, no solamente era posible ver un proceso de contraposición o de adaptación de los campesinos a las tecnologías y paquetes que venían con este proyecto. Adicionalmente, sostiene, es posible ver cómo las explicaciones alrededor de lo que estos paquetes significan y han generado en las comunidades, también se encuentran medidas por las formas en las que la implementación de estas tecnologías y las prácticas que han adaptado los campesinos han afectado, beneficiado o permitido ciertas situaciones en la comunidad.

Así, por ejemplo, muestra cómo en el marco de la implementación de la Revolución verde, esta se ve de varias formas. Desde lo que muestra Gupta, las explicaciones que realizan los agricultores de Alipur, las explicaciones sobre la Revolución verde y sus impactos, son construidas desde una doble perspectiva. En primera medida, desde una crítica a la noción de que era un proyecto enfocado en el mejoramiento de la población rural vulnerable, a través de la exposición de las consecuencias que los fertilizantes han tenido en la capacidad de la tierra y, en consecuencia, en el valor nutricional de los alimentos. En segunda medida como una alternativa que ha ayudado a la comunidad, desde una exaltación de los beneficios que en términos de productividad e ingresos extra ha generado la producción bajo el modelo de la Revolución Verde.

En consecuencia, sostiene Gupta, la variedad de prácticas que en medio de estos proyectos se generan y los efectos que tienen estos planes en la vida de los agricultores, produce que la evaluación de estos proyectos por parte de los campesinos estén llenas de contradicciones, críticas e inclusive dificultades sobre los alcances, las consecuencias y las implicaciones de los mismos. De manera similar a lo que menciona Gupta, en el caso de Boquerón, gracias a la adaptación del “ojo del café” junto con otros elementos de los programas orgánicos, los campesinos exponían una serie de elementos en los que se mezclaban beneficios, consecuencias, restricciones, y descontentos hacia el programa al momento de definirlos o de hablar de ellos. Así, por ejemplo, aunque Sandra solía resaltar los beneficios que trae el sobre-precio orgánico, solía también mencionar cómo los requisitos orgánicos más que ayudar al campesino solían perjudicarlo. Sin embargo, a pesar de que esto sucede, no es la única implicación que tiene en las maneras en las que localmente se piensan estos planes.

Adicionalmente, en el caso de Boquerón la modificación del “ojo para el café” y el proceso de selección subsiguiente, contribuyen a cambiar las formas mismas en las que los campesinos definen, entienden y experimentan en el día a día los planes orgánicos. Para el caso de los caficultores orgánicos de esta vereda, esta adaptación del “ojo para el café” desde los esquemas de las organizaciones orgánicas permite que los caficultores orgánicos

dejen de pensar los programas orgánicos solamente como una forma de cultivo, para comenzar a entenderlos como un proceso de búsqueda de la calidad del café en grano.

Al ritmo de la música de Radio Galeón, los campesinos como Jaime, Sandra e Isaac se sientan durante horas a escoger el café. Después de cubrir la mesa con un gran plástico, riegan las almendras ya secas sobre este. Con movimientos horizontales de las manos, aplastan las montañas, y toman puñados de café entre las manos de manera delicada. Con detenimiento y un ojo agudo y bien afinado, al ritmo de vallenatos de Alfredo Gutiérrez o Diomedes Díaz seleccionan uno por uno los granos de café. Uno por uno revisan los granos para que sean “café bueno”, para que pasen. Este trabajo rara vez es corto y sencillo, puede durar varias horas e inclusive varios días. En las casas donde aún no hay planta solar o alguna fuente que pueda brindar buena luz, la labor se da por terminada al atardecer, cuando el sol comienza a caer y los ojos no pueden pelear con la oscuridad. En caso contrario la labor acaba cuando todas las almendras estén seleccionadas o hasta que la vista, el ánimo y el cuerpo aguanten.

Durante las largas jornadas de selección que realizábamos con Jaime, una idea solía repetirse de manera constante. En medio de la música y de la concentración, solía expresar: “si al café yo no le hago esto no me pasa como orgánico y me lo compran como convencional”<sup>42</sup>. A Jaime que esto se así siempre le ha parecido muy injusto. Al final, según él, ellos estaban haciendo “el verdadero orgánico” y aún así no se les recompensaba por eso. Para él, entrar a los programas orgánicos y hacer el verdadero orgánico era volver a “la tradición, a lo de antes, a lo que era [la vereda] antes de las fumigaciones, de los abonos, del gobierno y de la coca”<sup>43</sup>. Sin embargo, con actividades como la selección del café, él había comenzado a comprender que para las organizaciones orgánicas no era solo eso. En una oportunidad, cuando estábamos realizando un recorrido por sus semilleros de café para revisarlos, Jaime sentenció algo molesto y cabizbajo: “es que yo briego para no usar abonos, no usar químicos y para cuidar mi cafecito, mis plantas, es que [lo orgánico] debería ser por la forma de producción”. “Pero lo orgánico [para las organizaciones] se

---

<sup>42</sup> Fragmento de una conversación informal con Jaime Erazo, 17 de Febrero de 2018.

<sup>43</sup> En este párrafo, todo lo que se encuentra entre comillas asociado a conversaciones con Jaime, son fragmentos de conversaciones informales con Jaime Erazo, del 24 de Febrero de 2018.

refiere más es a ese proceso [de selección], más a buscar esa calidad [del café]”<sup>44</sup> – sentenció Jaime.

Desde lo que menciona Jaime, podría decirse que los planes orgánicos comienzan a tener una doble connotación en su día a día. Por un lado, para ellos los planes orgánicos significaban “volver a la tradición”, a cultivar sin ninguna clase de ayuda química y volver a lo que era producir en la Sierra Nevada de manera previa a las fumigaciones aéreas. Sin embargo, con su inserción en los programas orgánicos y particularmente a raíz de esta situación en la que el café que no cumple con los estándares no se compra como orgánico, para los campesinos los planes orgánicos han comenzado a verse como algo distinto. Así, por ejemplo, como mencionaba Sandra, a pesar de que ella no usa químicos, “ [las organizaciones] quieren un café limpiecito, sin ninguna clase de desperfecto y usted tiene que cumplir para vender [como orgánico]”<sup>45</sup>. En consecuencia, retomando lo que dicen Jaime y Sandra, los programas orgánicos han comenzado a verse como una serie de exigencias, como un proceso a través del cual se obtiene determinada calidad, y como la posibilidad de brindar un producto completamente limpio en todos los sentidos. En pocas palabras, con la posibilidad de vender un grano sin químicos, pero también sin plaga, de buen tamaño y sin desperfectos de ningún tipo.

Retomando lo anteriormente expuesto, podría decirse que contrario a lo que sucede en el marco de los programas de desarrollo, la definición de los alcances y las maneras en las que van a introducirse y adoptarse por la comunidad no pueden determinarse a priori. Por el contrario, como muestra Gupta y el caso de Boquerón, las maneras en las que las personas adaptan estos planes, y, en consecuencia, los alcances que estos tienen están determinados por un amplio número de factores como: las formas en las que estas prácticas y conocimientos tecnificados se relacionan con sistemas, prácticas y conocimientos existentes en la localidad. En el caso de Boquerón, a pesar de que los planes orgánicos se definen a nivel general como un sistema de producción amigable con el ambiente, la adaptación del “ojo para el café” que han realizado los campesinos, al igual que los procesos de selección,

---

<sup>44</sup>Fragmento una conversación informal con Jaime Erazo, del 24 de Febrero de 2018.

<sup>45</sup> Fragmento de una conversación informal con Sandra Parejo, del 3 de Marzo de 2018.

determinan que estos se piensen como la búsqueda de calidad en el café pergamino. Así mismo, desde estas reconfiguraciones de lo que se cree son los planes orgánicos, las prácticas cotidianas de los campesinos alrededor del café se modifican, al igual que alternativas o las maneras de “hacer mejor las cosas” alrededor del manejo del café en pergamino, que se desarrollan en la vereda.

Con las almendras pasando entre sus manos y cerca de los ojos, Jaime seleccionaba con gran delicadeza los granos de café. Aquellos rechazados, por el contrario, eran arrojados como si fueran una pelota hacia un coco vacío. Tras varias horas en la misma tarea y con el sol ya casi a nuestras espaldas, Jaime me contaba cómo aunque él sentía que lo orgánico era una forma de cultivar más que de calidad, era consciente de lo que tenía que hacer:

“Es que yo escojo el café es por el sobreprecio, mi reina” me contestó mientras pasaba de mano en mano algunos granos de café seco. Le pregunté que si no le pagaban el café como orgánico por el sólo hecho de cultivar sin químicos y cumplir con las normas de manejo ambiental de lo orgánico. Con una risa burlona me dijo que tenía que escuchar mejor, pues aunque para él lo orgánico era volver a lo de antes, para las organizaciones orgánicas no. “Mija, si yo no escojo el café, a mí este café me lo pagan como un café de segunda” me contestó con tono reiterativo. Por eso, ya yo sabiendo [que no lo pagan como orgánico] pues hago esto [seleccionar el café], continuó, “es que si no fuera por esto [seleccionar el café], es que si yo no hiciera esto, pues ya no cumple con el proceso y nosotros no recibiríamos nada” terminó diciendo<sup>46</sup>.

En la primera parte de este apartado, me centré en mostrar cómo en el marco de la selección del café, los campesinos iban ajustando lentamente el “ojo para el café” para desarrollar una serie de habilidades que les permitieran reconocer y seleccionar el café de manera tal que cumpliera con los esquemas de calidad orgánica. Sin embargo, esta práctica no se detiene una vez se han incorporado los criterios de selección. Por el contrario, se continúa realizando. En lo que menciona Jaime, en la medida en que los campesinos entienden que lo orgánico es un proceso, y que su café requiere de ciertas características para ser pagado como tal, ellos tienen que seguir llevando a cabo estas tareas de selección del café seco. En

---

<sup>46</sup> Extracto de nota de campo, 17 de Febrero de 2018.

consecuencia, ser un caficultor orgánico ya no es un proceso que se lleva a cabo solamente en las rosas, con el café en planta, con la tierra y las plagas.

No es solamente decir que la finca y, particularmente, el café está libre de pesticidas, abonos o insumos químicos durante el proceso de producción. Adicionalmente, será ser capaz de reconocer y de alcanzar esa calidad, de conocer colores, texturas, humedad y cantidad de plaga que permite que el grano de café pase los estándares de calidad. En este contexto, “hacer mejor las cosas” alrededor del café de trilla es entender que la caficultura orgánica es también un proceso de búsqueda de calidad, y conforme a esto, es llevar a cabo los procesos de selección del café para minimizar el café “malo” que se entrega a las organizaciones orgánicas. Esto con el objetivo de que el café sea pagado como “100% orgánico”, no como un café de segunda; para poder obtener el sobre-precio y se pueda seguir teniendo la posibilidad de vivir del café.

**“Vea niña, es que si se afecta aquí [el agua], pues ya la persona que vive más abajo ya no la puede consumir”**

En el apartado anterior me interesaba argumentar cómo través del encuentro entre el conocimiento campesino y los estándares de calidad orgánicos, los campesinos no solo desarrollan o adaptan una nuevas prácticas, sino también cómo este proceso ha contribuido a modificar lo que para los campesinos implican y son los planes orgánicos, al igual que lo que implica “hacer mejor las cosas” alrededor del café seco. En este apartado, me interesa argumentar que, a partir del entrelazamiento entre las nociones sobre lo que se considera como “aguas buenas” para las organizaciones orgánicas y la importancia que tiene el agua para los campesinos en Boquerón, los campesinos comienzan a desarrollar nociones sobre la corresponsabilidad que tienen en el manejo del agua y en el bienestar del otro en un lugar como Boquerón.

Así mismo, me interesa mostrar cómo este elemento contribuye a que, en el marco de la vereda, “hacer mejor las cosas” alrededor del agua, implique una participación en el uso y

el uso del sistema de tanques de tratamiento de agua en las fincas. Procesos participación y reconocimiento de la corresponsabilidad que, en últimas, son algunos los resultados que se han buscado alcanzar en gran parte de los planes que abordan la gestión del agua desde las relaciones existentes entre la cuenca alta y la cuenca baja de los ríos (WLE, 2018; Ríos, Cotler, Pineda, González, y Galindo, 2013; van Koppen, 2009; entre otros.).

En el beneficio del café, uno de los residuos que se obtienen son las aguas mieles, aguas que contienen el mucílago o la “baba” que se le ha quitado a la almendra del café. Durante las épocas de la bonanza del café, y antes de la implementación de los programas orgánicos, esta agua no recibía ningún tipo de tratamiento por parte de los campesinos. En las épocas en las que Sandra trabajaba en las grandes fincas de Río Piedras las aguas se dejaban correr libremente por los cafetales y los terrenos de las fincas. “En esa época, la pulpa del café y la miel eso iban era a las quebradas y eso nadie supervisaba eso, nadie decía nada (...) en esa época todo el mundo sabía que eso era contaminación pero la gente no había tomado todavía conciencia de eso [de cómo los afectaba a ellos y a los demás]”<sup>47</sup>. No obstante, con el paso del tiempo, las regulaciones de la Federación Nacional de Cafeteros y las organizaciones orgánicas ayudaron a cambiar la situación.

La llegada de los planes orgánicos a El Boquerón significó que las personas que quisieran asociarse a estos tuvieran que implementar sistemas modulares de tratamiento anaerobio (SMTA)<sup>48</sup>. Un compendio de tanques, tubos y mallas de distintos tamaños que tienen como objetivo descontaminar el agua derivada del beneficio del café y las aguas residuales de los hogares. En estas organizaciones utilizar estos tanques es algo obligatorio, puesto que para estas la contaminación de las aguas de ríos, caños y quebradas con aguas mieles, negras, grises u otros agentes, es un acto reprochable y sancionable. En consecuencia, aquella

---

<sup>47</sup> Reconstrucción de una conversación informal con Sandra Parejo, 27 de Febrero de 2018.

<sup>48</sup> En la década de los ochenta se produjo la expedición del Decreto 1594 de 1984 sobre el uso de las aguas y los residuos sólidos. La Federación Nacional de Cafeteros, de la mano de su centro nacional de investigación del café (CENICAFÉ) se puso en la tarea de buscar alternativas que les permitieran a los caficultores cumplir con lo establecido en este decreto (Cenicafé, 2006). En consecuencia, desde la Federación se impulsó el desarrollo y posteriormente la implementación de los sistemas modulares de tratamiento anaerobio (SMTA). Sin embargo, a pesar de que este sistema fue desarrollado por la Federación, en varias de las fincas de Boquerón este sistema se implementó gracias a los programas orgánicos; pues como solía mencionar Sandra: a pesar de que el comité de cafeteros llevó a cabo la implementación, muchas de las personas de la vereda por “irresponsabilidad” decidieron no asistir ni “aprovechar las oportunidades y ayudas”

persona que no utilice los tanques o sea vista contaminando fuentes de agua, tiene grandes posibilidades de ser sancionada y de que los beneficios que obtiene por ser productor “orgánico”, le sean suspendidos o quitados dependiendo del caso<sup>49</sup>.

Junto a esta exigencia, las organizaciones orgánicas impulsaron para los caficultores orgánicos unas capacitaciones sobre el uso y manejo de los tanques y de las aguas mieles. Estas capacitaciones, solía contarme Sandra, tenían como objetivo “concientizar a la gente” sobre los posibles efectos que el vertimiento de las aguas mieles y residuales tenían en las fuentes de agua. Así mismo, les enseñaban cómo la utilización de los tanques que les iban a suministrar<sup>50</sup> a través de los programas orgánicos, podría contribuir a reducir la contaminación del agua. Durante mi primera temporada de campo en el mes de Junio de 2017, conocí a Manuel, un cafetero serrano que hace algunos años se había metido a los programas orgánicos. Había entrado en ellos porque quería rescatar la “cultura” de su padre de cultivar sin químicos y porque aunque no había sido “coquero” él también quería mejorar su calidad de vida.

Cuando hablamos sobre estas capacitaciones que se les había alrededor del “tema ambiental”, me comentó cómo además de enseñarles a manejar los árboles y los animales, les enseñaban a “manejar el agua” a través los sistemas de tratamiento anaerobio (SMTA) o tanques de agua. Intrigada por su respuesta decidí preguntarle a qué se refería con que le habían enseñado a manejar el agua:

“Con una risa apagada y dirigiéndonos hacia los cafetales comenzó a contarme que en las capacitaciones le enseñaban “a manejar el agua y a usarla para no contaminarla” y para que esta se pudiera conservar. Esquivando las grandes ramas de los cafés más viejos y bajo el frío abrasador del verano continuó contándome cómo allí les había enseñado que la miel del

---

<sup>49</sup> De hecho, en el caso de EcolSierra, no manejar adecuadamente los subproductos del beneficio del café (pulpas y aguas mieles), aguas negras, grises o residuos sólidos teniendo a la mano la infraestructura necesaria para hacerlo (tanques y el SMTA) conlleva a que se condicione la certificación orgánica del productor (EcolSierra, 2014). Así mismo, en el caso de Coagronevada, la sanción implica un llamado de atención en una primera oportunidad, y en caso de reincidencia implica volver al primer año de conversión del programa orgánico (Coagronevada, 2017).

<sup>50</sup> La organización a la vez que exige la utilización de los SMTA, les brinda a los campesinos los elementos y la asistencia necesaria para implementarlos en las fincas.

café tenía unos lixiviados que lo que hacen es contaminar el agua. Sin entender a qué se refería le pregunté si podía explicarme a qué se refería con lixiviados. Interrumpiendo el paso que llevábamos hasta entonces frenó de golpe, exhalando un poco de aire me contestó que los lixiviados eran unos químicos y agentes que había en la baba del café y que eran malísimos para el medio ambiente. Sin entender muy bien, Manuel reanudó el paso y continuó contándome que el problema de los lixiviados no era para él, “y el problema no es aquí porque eso no se siente aquí sino que se siente más abajo” sentenció. Sin entender muy bien a qué se refería le pregunté que cómo así que “se sentía más abajo”. Con gran seriedad se detuvo nuevamente y me dijo que nosotros estábamos muy arriba y el agua no solo la usaba él. “¿Si ve todas las fincas que hay de aquí pa’ bajo de este filito en el que estamos?” me preguntó mientras en la espesa vegetación intentaba buscar las fincas que Manuel me señalaba. “Vea niña, es que si se afecta aquí [el agua], pues ya la persona que vive más abajo ya no la puede consumir”, terminó diciendo mientras con sus manos dibujaba el camino que seguía el agua”<sup>51</sup>

Más que un espacio para aprender el manejo de los tanques orgánicos, las capacitaciones se consolidaron en espacio en el cual los campesinos comenzaron a aprender varios elementos alrededor del manejo del agua. En estas capacitaciones, como menciona Manuel, los campesinos comenzaron no solamente a familiarizarse con la utilización de los tanques, sino también con las maneras en las que las aguas mieles podrían resultar un agente contaminante de las aguas gracias a los lixiviados que contienen. Así mismo, atada a la categorización de las aguas mieles como agentes contaminantes, Manuel evidencia cómo en estos espacios, se desarrollan una definiciones –propuestas desde las organizaciones orgánicas- sobre el agua que puede considerarse como “agua buena” y cómo esta puede obtenerse a través del uso de los tanques de agua. Por tal razón, en este contexto, esta agua es aquella que ha pasado por un proceso de descontaminación gracias a los tanques, que se encuentran limpias y que, por tanto, pueden ser consumidas por las personas que se encuentran más abajo.

De la misma manera, estos espacios de capacitación también sirvieron como un escenario en el cual, a través de esta idea del “agua buena”, se les enseñaba a los campesinos la

---

<sup>51</sup> Fragmento de nota de campo, 9 de julio de 2017.

interconexión existente entre las formas de uso del agua en una finca, y las dificultades en el aprovechamiento de la misma en otras fincas. Así, como mostraba el camino del agua que dibujaba Manuel, se comienza a comprender cómo en el marco de vivir en una montaña y de vivir en la parte de arriba, las acciones alrededor del agua afectan la calidad del agua que consumen las personas abajo. Así, por ejemplo, si no se utilizan los tanques de agua y el agua no se descontamina, Manuel expone, la persona que está más abajo es la que sufre las repercusiones puesto que obtiene una agua que no es “buena” y que no puede ser consumida.

En este punto, podría decirse que las capacitaciones brindadas por las organizaciones orgánicas, se convierten en un elemento fundamental a través del cual las personas desarrollan unas nociones de responsabilidad con el otro y deciden adoptar el sistema de tanques. Sin embargo, la explicación no es tan sencilla. Como menciona Laban (2005) alrededor de los sistemas de manejo de aguas, para que en las comunidades emerja un sentido de responsabilidad es necesario que se garanticen cuatro cosas: que se perciban los beneficios, que estas tengan acceso y control de los recursos; conocimientos para implementar los planes y tengan una base organizacional lo suficientemente fuerte para que las tres primeras cosas se mantengan.

En el caso de Boquerón, podríamos decir que las tres últimas características que menciona Laban se encuentran presentes. En efecto, a pesar de que en la vereda los nacimientos de agua están en fincas de propiedad privada, debido a la riqueza hídrica de la zona la mayoría de las fincas cuentan con fuentes de agua para abastecerse. Gracias a las capacitaciones, podría decirse hay un sistema de conocimiento para aplicar el manejo del agua. Finalmente, podría decirse que la disponibilidad de agua en la vereda y las organizaciones orgánicas permiten la permanencia de las dos primeras cosas. Sin embargo, la última parece faltar.

En lo que menciona Laban (2005) con relación a los beneficios, sostiene que en este proceso, las comunidades hacen un cálculo de costo-beneficio en el cual si la medida no representa algo importante para la comunidad, simplemente no se le invierte tiempo, dinero o siquiera esfuerzo. En el marco de este proyecto en particular, podría decirse que la

importancia de la utilización de estos tanques recae directamente en que si su uso no realiza, los productores orgánicos no pueden acceder a la prima orgánica. Sin embargo, eso no explicaría las explicaciones de Manuel sobre la responsabilidad que existe en el manejo del agua, y sobre cómo para él el uso de tanques es importante para no afectar al otro. Así mismo, si pensar en costo-beneficio implica una consideración sobre la importancia del plan como menciona Laban (2005), solamente con establecer que estos planes lo son porque estos permiten no afectar al otro, no se explica por qué esto es importante para campesinos como Manuel.

En el marco de entender las formas de gobernanza del agua, Bocarejo (2018) menciona cómo pensar simplemente desde la institucionalidad, ignoran formas de manejo del agua que se desarrollan en estos lugares y cómo estas pueden desarrollarse desde valoraciones, formas de pensar y expectativas alrededor del agua que no necesariamente hacen parte o emergen de las alternativas institucionales. Así, sostiene ella, estas categorizaciones pueden ser uno de los elementos para explicar porqué estas políticas institucionales no tienen el alcance o el desarrollo deseado. En este punto, me interesa argumentar que estas formas de pensar el agua localmente no solamente son uno de los elementos para explicar por qué estas políticas no se desarrollan como se plantean, sino cómo también son estas las que permiten que nociones como la de corresponsabilidad, y planes como el de manejo del agua a través de tanques, se inserten y se mantengan en las comunidades.

En la vereda el Boquerón la provisión de agua rara vez ha sido un problema. En la mayoría de las fincas, el agua es abundante y los campesinos tienen a disposición uno, dos, e inclusive más de tres ojos y nacimientos de agua. En este lugar, los caminos son interrumpidos cada diez o quince minutos por caños o pequeñas caídas de agua que se deslizan venturosas montañas abajo. Como solía decirme Isaac, es una agua limpia, en la que “usted se puede agachar en casi cualquier caño y tomar sin problema”. El rugir del agua se escucha en casi todas las casas, y en casi todos los caminos cuando el silencio reina en las madrugadas y en las noches. En esta zona, y en general en gran parte de la Sierra, gran parte de la importancia del agua no solo deriva del hecho de que se utilice para beber,

para la limpieza del cuerpo y del hogar. Adicionalmente, su importancia ha estado ampliamente ligada a la comida y a los cultivos.

Con está se llenan las ollas en las que se ponen a ablandar y a sancochar la yuca, el guineo, el ñame o la malanga que se consumen todos los días en los hogares. Así mismo, estas es la que viaja por los tubos y mangueras para salir por los regíos que se ponen en las rozas para humedecer la tierra y para regar los cultivos de pancoger y café. El agua es la que permite, en parte, las siembras y una parte importante del ciclo que permite a las cerezas de café engrosar. Por tales razones, el agua siempre ha tenido una importancia cardinal para los campesinos de esta vereda, pues más que ser una forma de saciar la sed o de limpiarse, es un elemento fundamental de lo que es en sí una finca. Pues, como Sandra solía mencionar: “una finca sin agua no es nada”.

Aunque en Boquerón la mayoría de los problemas alrededor el agua han estado relacionados con su potencial para crecer y arrastrar consigo árboles, rocas e inclusive pedazos de tierra, el verano que se prolongó desde el 2013 al 2015, contribuiría a afianzar la importancia y el significado que tiene el agua como elemento fundamental de las fincas en esta zona. Durante esa época, que comenzó durante los primeros meses de 2013, el sol y el calor intenso comenzaron a abrigar gran parte de las veredas de la Sierra. En los primeros meses, aunque preocupante, la situación aún no alarmaba a las familias de la vereda. Aún había buenas aguas y los cultivos podían ser regados. Sin embargo, con el paso de los días la situación se fue haciendo mucho más complicada. “Es que prácticamente fue un año largo, completo, sin llover” me decía Sandra aún con asombro. “Juliana, es que las aguas se secaron y no recompensaban la tierra [no le brindaban humedad a esta] para que esta volviera a su estado [habitual]”, continuó.

En consecuencia, en la medida en que no había agua, los árboles comenzaron a secarse, al igual que los cultivos. A medida que la comida que tenían almacenada los campesinos se fue acabando, los animales de corral se fueron sacrificando, pues sin cultivos no había que comer, ni cómo mantener los animales. Así mismo, la cacería dejó de ser una opción para suplirse de carne. Durante esta época, Sandra recuerda “la mayoría de animalitos uno los

vería por ahí muertos de ser”. Así mismo, durante esta época toda el agua se utilizaba medida y se racionaba para no agotar el agua que aún había y permitir al vecino de más abajo también tener un poco de ella.

En esta situación, solía mencionarme Isaac, quedaron dos cosas: la sensación de sed, y la reafirmación de que como campesinos y como habitantes de la Sierra, la gente que vive en esta vereda no tiene futuro en ella sin agua. Al final, el agua sustenta no solamente las actividades principales de la vereda y mantiene los medios que tienen los campesinos para vivir allí, sino que también soporta la vida de cultivos, animales e inclusive de los campesinos mismos. En este lugar en el que el agua ha adquirido un papel tan fundamental, la idea de no perjudicar al otro está muy presente en los campesinos. Así, como solía mencionar Isaac: “cuando uno sabe lo que es estar pisando piedras en el monte, pues uno no quiere perjudicar a nadie”.

Bajo esta máxima de no perjudicar al que también está pisando piedras en el monte, y la importancia del agua en la vereda, las enseñanzas que se brindan en las capacitaciones sobre el manejo del agua interpelan de manera mucho más directa a los campesinos. En estas situaciones, los campesinos no solamente entienden que están liberando aguas contaminadas a las fuentes de agua, sino que precisamente están perjudicando a los demás. A alguien que, como ellos, necesita el agua para producir, para comer, para bañarse; a alguien para quien su finca sin agua no es nada. En consecuencia, las nociones de corresponsabilidad que se desarrollan alrededor del manejo del agua, no solamente se construyen en el marco de las capacitaciones orgánicas. Por el contrario, esta noción de entender, reconocer el papel que se tiene en el manejo del agua y el bienestar del otro, se construye en la medida en que la idea de el “agua buena” que es necesaria para el otro, se encuentra con la importancia que tiene para el campesino el agua en Boquerón y la idea de que se está afectando a los demás.

En consecuencia, en este contexto la utilización de tanques más que una obligación, o más que un sentido derivado de las capacitaciones, se convierte en una forma de cambiar el hecho de que en una vereda en que el agua es fundamental para vivir allí, se le está

brindando al otro un agua que no es buena y que puede afectar su bienestar. Así mismo, y en la medida en que esto se asume, más que una forma de encajar de manera más sencilla con la normatividad orgánica, utilizar los tanques de manejo de aguas es una forma de “hacer mejor las cosas” alrededor del agua.

Durante una visita que realizamos con Jaime a una de las fincas vecinas nos encontramos con Alex, un campesino cuya familia había estado dedicada desde las épocas de la colonización campesina al cultivo del café. A diferencia de todos los campesinos y campesinas que aparecen en esta tesis, y de la mano de los cuales hice mi trabajo de campo, como solía decir él mismo, Alex es un productor convencional. Fumiga con químicos, utiliza abonos y pesticidas químicos para mantener su producción sin que eso afecte los ingresos que recibe por el café.

No obstante, con el pasar de los meses, Alex se había visto fuertemente tentado a unirse a los planes de caficultura orgánica, lastimosamente para él las posibilidades de asociación eran nulas en ese momento. A pesar de no poder unirse, Alex comenzó a recoger toda la información posible sobre lo que implicaba estar al interior de una organización orgánica a través de Jaime. De esta manera, cuando yo tuve la oportunidad de hablar con él, Alex ya sabía a qué implicaban estos programas, y eso qué beneficios y dificultades podía traerle. En medio de nuestra conversación, le pedí a Alex que me contara más sobre por qué quería entrar a los programas de caficultura orgánica. Encaminándonos al beneficiadero me contó que a él le llamaba mucho la atención y le gustaría implementar cuando entre a estos programas “el manejo que se le da a la miel del café”. Intrigada, le pregunté que por qué quería hacer eso, a lo cual me contestó:

“A: Vea niña, es que yo no tengo tanques [SMTA o tanques de manejo de aguas] ni nada de eso. Entonces, toda esa agua va y cae allá a la quebrada.

E: ¿y cuál es el problema que usted le ve a eso?

A: Pues vea, es que yo le pongo un ejemplo. Vea, esa agua que me llega ahí a la casa yo sé que es agua que está limpiecita porque esa agua me llega a mí directo de un nacimiento que hay allá arriba. Esa agua pasa por mi finca solamente, yo sé que esa agua no la toca nadie más. Esa agua la cojo sólo yo, me llega directica. Pero yo sé que esa miel del café que yo

saco acá si eso cae a la quebrada o a las aguas, eso lo va a usar otro más abajo. Todos los que haya de mi finca para abajo y yo no quiero seguir perjudicando a los otros”<sup>52</sup>.

Sorprendida por la respuesta le pregunté de qué manera podía él saber eso. “Pues por lo que uno escucha en el comité y porque Jaime me ha contado cómo todo eso es importante” me contestó con tono sobrio y un poco de fastidio. El caso de Alex, me parece de fundamental importancia para entender cómo esta idea de no afectar a nadie y la utilización de tanques, se convierten más en una forma de asumir la responsabilidad que se tiene en el manejo del agua y en el bienestar del otro. Contrario a lo que pasa con Manuel e Isaac, Alex no es un productor orgánico y no tendría por qué implementar estos tanques en su propiedad. Sin embargo, en su proceso de aprender e intentar ser un productor orgánico, uno de los aspectos que más le llamó la atención fue precisamente ese.

A pesar de no estar en un programa orgánico, es una de las medidas que le gustaría implementar en su entrada a los mismos. Contrario a que esto se deba a que está en capacitaciones- esto se debe a que, igual que Manuel, Isaac y Jaime- Alex comenzó a comprender cómo el estaba evitando que a los otros tuvieran acceso a aguas buenas y cómo sus acciones estaban afectando a alguien más. Así, como él mismo menciona- y en consonancia con Manuel- aunque el no tiene problemas con el agua porque está en la parte alta, para él es importante no contaminar el agua que el otro va a usar más abajo para no afectarlo.

En ese sentido, desde la importancia que el agua tiene en la vereda, pero también desde entender el tipo del agua que se le está brindando al otro y cómo esto le perjudica, los campesinos “hacen juicios retrospectivos y prospectivos sobre qué tipo de relaciones y entrelazamientos se busca cambiar o fomentar y, en últimas, sobre qué aguas se busca configurar” (Bocarejo, 2018: 116). Por tal razón, como se ve en el caso de Alex, de Manuel y de Jaime, en el marco de entender su responsabilidad en el manejo del agua y de cómo esto afecta al que está más abajo, para ellos “hacer mejor las cosas” alrededor del agua implica llevar a cabo acciones que permitan configurar o fomentar la circulación de “aguas

---

<sup>52</sup> Diálogo construido a través de la reconstrucción de una conversación informal, 10 de julio de 2018.

buenas” y limpias que no se encuentren contaminadas por las aguas mieles derivadas del café. Ya sea como el caso de Manuel, utilizando los tanques, o, como en el de Alex, pensar en implementarlos, utilizarlos y mantenerlos cuando entre a los planes de caficultura orgánica.

En este capítulo me interesaba mostrar cómo el encuentro del conocimiento campesino y de los estándares de calidad y conocimientos que se proponen desde las organizaciones no es un proceso marcado simplemente por la dominación o la resistencia. Por el contrario, me interesaba mostrar dos cosas. En primera medida, cómo los campesinos apropian y reconstruyen prácticas derivadas de las organizaciones orgánicas en este proceso. En segunda medida, cómo aquí también se producen cambios en las maneras en las que los campesinos piensan y definen los planes orgánicos; pero también se construyen nociones de corresponsabilidad en el manejo del agua y el bienestar de los otros. Estos, elementos desde los cuales los campesinos construyen lo que para ellos implica “hacer mejor las cosas” alrededor del agua y el café.

Desde los argumentos que se esbozaron en este capítulo, me interesa cerrar con varias reflexiones y contribuciones. En primera medida, aunque partí desde la dicotomía conocimiento campesino y conocimiento propuesto desde los planes orgánicos, estos no son elementos completamente separados que solamente se adaptan o refuerzan el uno al otro. Por el contrario, estos casos me permitieron ver que el conocimiento campesino también se co-construye con los cambios que el conocimiento propuesto por lo orgánico genera en la cotidianidad. Para el caso del conocimiento científico, Jasanoff (2004), menciona que este no es solamente un conocimiento estático, sino que también es un elemento que afecta y es afectado por las maneras en las que decidimos vivir en el mundo, es decir, que se co-construye con estas.

A pesar de que soy consciente que estoy hablando de conocimiento campesino, prácticas como el ajuste del ojo del café y las reformulaciones de lo que se piensa implican los planes orgánicos, me permitieron ver cómo esto también sucede en el caso del conocimiento campesino. En el marco de, por ejemplo, ver la necesidad de ajustarse a los esquemas de

calidad orgánico, los campesinos no solamente modifican sus prácticas o ajustan el “ojo para el café”, sino que también construyen nuevas ideas sobre lo que para ellos son los planes orgánicos, a saber: formas de buscar una calidad. Elementos que contribuyen a construir nuevos conocimientos, a la par que estos conocimientos afectan la cotidianidad de los campesinos y las maneras que han decidido vivir en la vereda. Así, por ejemplo, entender los planes orgánicos como un proceso de calidad implica ya no solo cultivar, sino también seleccionar manualmente el café y revisarlo antes de cada venta.

Ahora, con esto no quiero decir que no hayan más elementos que también contribuyen a la co-construcción de este conocimiento, pues en efecto las hay. Sin embargo, algo que me permitió ver este capítulo, es que entender la manera en que el conocimiento campesino se co-construye con las maneras en las que decidimos vivir en el mundo, es importante. Esto porque desde este proceso de construcción se desarrollan formas de gestión de la localidad y de los recursos que son importantes para pensar la manera en la que localmente se piensan, se ponen en práctica y se desarrollan, tanto los planes gubernamentales como no gubernamentales, al igual que las estrategias que traen consigo. Verbigracia, los programas de caficultura orgánica que se están implementando en Boquerón o las formas en las que se usan y las razones por las que se usan los sistemas de tratamiento de agua en esta vereda.

## **CONCLUSIONES**

En el marco de esta tesis, me interesé por comprender las maneras de “hacer mejor las cosas” que los campesinos orgánicos han desarrollado al interior de los programas orgánicos alrededor de prácticas como la cacería, las quemas, la selección del café y el manejo del agua. A lo largo de esta tesis, intenté exponer cómo para ellos “hacer mejor las cosas” implica desarrollar una serie de prácticas de manejo de los recursos en el marco de los programas orgánicos que si bien están ampliamente ligadas - y orientadas- con la posibilidad de producir y obtener un beneficio económico; también lo están por la necesidad mantener una serie de relaciones y de recursos que han definido y que definen lo que para ellos es cultivar, vivir y tener la posibilidad de seguir estando a futuro en una vereda como el Boquerón.

En esta vereda, los planes orgánicos llevan más de diez años desde su establecimiento inicial con el plan Familias Guardabosques. En estos años, los asociados a los programas de caficultura orgánica han estado en contacto y han aplicado las normas, procesos y han recibido los beneficios de lo que implica ser un productor orgánico. Así mismo, han visto cómo la pertenencia a estos programas les ha resultado de ayuda en los momentos en los que el café no ha tenido buenos precios, les ha permitido conocer nuevos planes productivos, e inclusive les ha brindado ciertas herramientas para comenzar a arreglar, modificar y mejorar sus hogares y condiciones de vida. Sin embargo, ser productor orgánico también les ha permitido a los campesinos comprender que este tipo de programas no solucionan todos los problemas, situaciones y necesidades que se tienen en el día a día en una vereda como el Boquerón.

En efecto, aunque las ayudas les permiten a los campesinos no “trabajar a pérdidas”, esto no es suficiente para enfrentar otras situaciones como los veranos, las bajas en la productividad de la tierra, las dificultades para acceder a la comida, entre otros elementos. Por tal razón, más que ser una forma de buscar una flexibilización de las normas, “hacer mejor las cosas” es desarrollar una serie de prácticas y soluciones desde la localidad que le permitan a los campesinos responder a la normatividad orgánica,- como productores orgánicos-, pero también encontrar maneras de seguir cultivando, viviendo y construyendo un futuro tanto para ellos como para sus hijos en esta zona. En pocas palabras, estas maneras de hacer las cosas, son una forma que tienen los campesinos de sortear las situaciones, inconvenientes y retos que día a día emergen en este contexto sin que esto implique dejar de lado los planes orgánicos.

En la primera parte de esta tesis, me interesé en dos prácticas que le han permitido a los campesinos vivir y estar en el monte; pero cuya realización se ha visto restringida en el marco de los programas orgánicos como consecuencia de las nociones de conservación que estos han incorporado, a saber: las quemadas agrícolas y la cacería. Alrededor de estas dos actividades, me interesé en mostrar cómo en el marco de los programas orgánicos, los campesinos definen unas estrategias de manejo que buscan tanto delimitar los alcances de

la actividad, como velar por la manutención de los recursos naturales. En consecuencia, en este apartado mi contribución se centró en mostrar cómo estos límites se definen y se construyen desde las relaciones existentes entre campesinos y animales, desde nociones de manutención de recursos como la tierra y el bosque, y desde el considerar los daños que estas acciones pueden generar para la vereda y sus habitantes.

En primera medida, alrededor de las quemas me interesé en mostrar cómo en el marco de definir lo que es “hacer mejor las cosas” alrededor de esta actividad, los campesinos han desarrollado unas prácticas de manejo que buscan limitar los alcances del fuego y las consecuencias que este puede tener sobre los recursos. Al momento de la realización de las quemas, los campesinos no solamente intentan distanciarse de las quemas indiscriminadas en la teoría, sino que también desarrollan unas medidas de precaución que buscan restringir la quema y sus alcances a un lugar particular y designado para las mismas. Al tiempo en que buscan mantener los recursos que ellos tienen a su disposición. Esto, entendiendo la manutención de los recursos naturales como la no afectación de los mismos y la búsqueda de que estos estén en buenas condiciones. Por tal razón, como muestro en este capítulo, a pesar de que se quema, los productores realizan guardarrayas, tienen en cuenta las brisas e inclusive la tierra con el objetivo de mantener la quema en ciertos lotes, pero también de evitar que el fuego se propague hacia bosques y hogares, o que inclusive disminuya la capacidad productiva de la tierra.

Desde este apartado, mi contribución fue mostrar cómo en los procesos de resignificación y de reformulación de las quemas, surgen estrategias de manejo del recurso planteadas desde la localidad que están mediadas por nociones de manutención de los recursos que no necesariamente se compaginan con las ideas de conservación que sostienen que es necesario mantener la naturaleza alejada de la actividad del hombre. Por el contrario, son formas de manutención de los recursos que emergen, desarrollan y piensan desde las actividades humanas, en este caso de siembra y cultivo. Así mismo, cómo estas estrategias de manutención de los recursos están encaminadas a lograr que estos recursos permanezcan en buen estado, para que los campesinos, y sus hijos puedan tener la posibilidad de cultivar, vivir y pensar en construir un futuro en Boquerón.

Por otro lado, me centré en comprender las formas de “hacer mejor las cosas” que se han planteado alrededor de la cacería. En este apartado, buscaba mostrar cómo la cacería no se realiza en cualquier situación o de cualquier manera. Por el contrario, los campesinos han desarrollado una serie de límites sobre lo que se puede o no cazar, que están anclados en las relaciones que establecen los animales con los cultivos, consideraciones sobre la escasez o abundancia del animal, e inclusive gustos personales de los campesinos. Así, mostré como en un contexto en el que los habitantes han pasado a depender de manera mucho más fuerte de sus cultivos, la manera en que los animales se relacionan con los cultivos es un elemento fundamental para determinar si se caza o no. A pesar de que este resultaba ser algo clave en las decisiones alrededor de la cacería, intenté mostrar cómo estas también se hacen desde consideraciones sobre qué tan escaso está el animal en comparación con épocas anteriores y que tanto gusto le produce al campesino verlo o tenerlo cerca.

Atada a las reflexiones sobre la quema, en este punto mi contribución fue mostrar cómo además de estar mediadas por formas locales de manutención de los recursos; estas formas de “hacer mejor las cosas” alrededor de la quema y de la cacería son más que nada respuestas a los cambios que emergen en el contexto particular de la vereda. En efecto, esta necesidad de redefinir o repensar la quema y la cacería nacen en parte de situaciones como de la inserción de los programas orgánicos y los esquemas de conservación en la Sierra Nevada; los veranos, precios del café, entre otros. Así mismo, y como mostré en el apartado de la cacería, la decisión de matar a los ñeques está guiada debido a que son animales que ahora son muy abundantes y causan muchos daños. Así mismo, la decisión de proteger el venado se afianza en la idea de que es un animal que hoy está escaso y que es agradable ver.

En síntesis, lo que buscaba contribuir con este capítulo en general era a mostrar cómo en el marco de “hacer mejor las cosas”, se desarrollan unas estrategias de manejo y control de los recursos que no emergen desde las organizaciones orgánicas o de las entidades ambientales. Por el contrario, son formuladas por los campesinos en el marco de unos cambios que se producen en sus contextos (la inserción de planes de caficultura, escasez de ciertos animales, bajas en la productividad, entre otros). Estrategias y formas de manejo que si bien

buscan restringir ciertas actividades, están mediadas por nociones de manutención de los recursos naturales que ven este proceso como una forma de usar los recursos de una manera mucho más limitada, consciente y controlada, que permita no solo su uso en el presente, sino también su uso y permanencia a futuro.

En la segunda parte de esta monografía me concentré en mostrar el encuentro que se produce entre el conocimiento campesino y los estándares, y conocimientos, que se proponen desde los planes orgánicos alrededor del café. En este capítulo me interesaba mostrar cómo en este encuentro los campesinos no solamente complementan sus prácticas o adaptan elementos que provienen de los planes orgánicos. Adicionalmente, este encuentro permite que los campesinos comiencen a re-pensar lo que implican y son los planes orgánicos; al igual que a desarrollar nociones sobre la corresponsabilidad que tienen alrededor del manejo del agua y el bienestar del otro en una zona como Boquerón. Para desarrollar estas propuestas, me centré particularmente en dos elementos: el proceso de selección manual del café mediante “el ojo para el café” y la implementación y uso de los tanques de tratamiento de las aguas mieles y residuales.

En primera medida, me centré particularmente en mostrar cómo el ojo para el café se va modificando poco a poco gracias al encuentro que tienen los campesinos con los estándares de compra del café en los centros de acopio. Así, mostré como, a partir de este punto, los campesinos toman como base estos estándares para comenzar a probar en las parcelas qué les sirve para que su café sea comprado como orgánico. En el marco de este apartado, mi contribución se centró en mostrar cómo además de que se modifica el ojo para el café, también lo hace la manera en la que se piensan y se practican los planes orgánicos en la vereda. Así, para los campesinos que seleccionan manualmente y cuyo “ojo para el café” ha cambiado, estos planes dejan de ser una forma de producción para pasar a ser un proceso de búsqueda de calidad, en el que “hacer mejor las cosas” implica comprender esto y seguir realizando la selección manual del café.

Por otro lado, me centré en los tanques de manejo de aguas residuales. En esta sección mostré como en el encuentro entre estos conocimientos, las nociones que existen sobre

“aguas buenas” desde los programas orgánicos comienzan a relacionarse con la importancia que tiene el agua para los campesinos en Boquerón y la importancia de no afectar al otro. A partir de esta relación, los productores no solamente comienzan a entender la responsabilidad que tienen en el manejo del agua en una vereda como Boquerón, sino también lo que tienen que hacer para evitar “afectar al que está más abajo”. Por tal razón, más que ser una obligación o una adaptación acrítica de una tecnología, los sistemas de tanques son implementados y utilizados por la comunidad en un doble sentido. Primero, como una forma de encajar más sencillo en la normatividad orgánica. Segundo, como una manera de “hacer mejor las cosas” alrededor del manejo del agua para garantizar el acceso de los demás a una buena agua, a una agua “conservada”.

En este capítulo, a partir de estos casos, mi contribución se centró en mostrar dos cosas. En primera medida que más que un opuesto al conocimiento que proviene de lo orgánico, el conocimiento campesino se construye y se robustece en los encuentros con este. Sea que se estén adaptando conocimientos o que se estén generando nuevas herramientas a partir de estos encuentros, este conocimiento se moviliza, más que para resistir u oponerse, para integrar nuevos elementos. Así mismo, lo que este capítulo me permitió mostrar es cómo pensar desde un proceso de construcción continua y de encuentro, es posible ver las formas de gestión local de los recursos que emergen en este proceso y que no se anclan en una lógica de resistencia/opresión. Por ejemplo, las formas de manejo del agua o del café en grano que mostré en este capítulo. Adicionalmente, pensar desde un proceso de construcción, permite ver cómo este media las formas en las que localmente se construyen, se piensan y desarrollan planes, tanto gubernamentales como no gubernamentales, como los de caficultura orgánica.

Finalmente, para cerrar esta monografía me gustaría volver nuevamente al problema que me llevó a ver las maneras que han desarrollado los campesinos para “hacer mejor las cosas” en el marco de los programas de caficultura orgánica. Como ya se mencionaba, los programas orgánicos han tendido a ser presentados desde la visión institucional como una posible solución a los problemas de degradación ambiental y sostenibilidad campesinos generados por formas de producción ineficientes. Por esta razón, estos programas no

solamente se muestran como formas de promover la conservación de los recursos, sino también de brindarles a los campesinos resultados positivos y sostenibles a futuro. A la luz de lo que sucede en Boquerón, podría decirse que los programas orgánicos si resultan ser una ayuda para las personas que deciden comenzar a hacer parte de ellos. En efecto, Jaime mismo lo menciona: “si no fuera por ellos, hoy nosotros no tendríamos nada”.

Sin embargo, de cara al panorama actual, las soluciones y alternativas que estos proponen no son suficientes. Principalmente, porque las dificultades que tienen los productores en esta vereda no pueden reducirse a métodos de producción ineficientes. Por el contrario, como menciono a lo largo este capítulo, las dificultades que enfrentan los campesinos se relacionan con cosechas que se han reducido, semillas que han desaparecido a raíz de desastres naturales, precios del café que no son favorables, pérdida de apoyo vecinal, dificultades de transporte, tierras que se van visto afectadas por el glifosato, entre muchas más. En consecuencia, estos programas son solamente una solución parcial a los problemas de ingresos y de sostenibilidad de los campesinos.

En consecuencia, las maneras de “hacer mejor las cosas” no emergen como maneras de evadir la normatividad o de flexibilizarla porque sí. Por el contrario, son respuestas puntuales y maneras de hacer que emergen en el marco de los planes orgánicos, pero también de estas dificultades que se presentan en las veredas. Esto con el objetivo de solventar las dificultades que se tiene como campesino y que se piensan pueden contribuir a truncar las posibilidades de vivir en la vereda. En consecuencia, podría decirse, estas manera de “hacer mejor las cosas” son una serie de estrategias a través de las cuales los campesinos buscan integrar de una manera mucho más operante las normas orgánicas a sus necesidades; al tiempo en que modifican sus prácticas para que éstas también se compaginen con ciertos requerimientos de estos planes. Todo esto, con el objetivo de construir, desde estos dos elementos, una serie de prácticas que se adapten y respondan de mejor manera a las condiciones, necesidades, formas de vivir y de cultivar que se producen en la vereda.

Por otro lado, otra reflexión recae en que para pensar en el alcance de los programas orgánicos, considerar estas maneras de “hacer mejor las cosas” es clave. Al final, si bien los planes orgánicos plantean que tienen ciertos alcances, la realidad es que estos estarán fuertemente mediados por las maneras en las que las personas, en medio de su contexto, reciben, acogen y ejecutan estos planes. Así, por ejemplo, dependiendo de las formas en las que estos se entienden tendrán respuestas diferenciadas en las comunidades en cuestión. Así, por ejemplo, en la medida en que en Boquerón los planes de caficultura se entienden como la búsqueda de la calidad, los campesinos de la vereda adaptan algunas de sus prácticas –como la selección manual y el “ojo para el café”- a estos entendimientos.

De la misma manera, comprender estas prácticas permite ver qué problemas permiten solucionar los programas orgánicos, en qué momentos o situaciones son una ayuda, y que contribuyen a mejorar y que no. Así mismo, permite ver qué problemas no alcanzan a solucionar, por qué y desde allí que vías se podrían construir para dar solución a los problemas de los campesinos de manera tal que se ajusten a lo que esto se necesita. En consecuencia, si bien debe existir una formulación principal para iniciar los planes, estos tienen que ir ajustándose, modificándose y pensando nuevos caminos de acción a medida que van emergiendo dificultades o formas alternativas de hacer en el proceso de implementación de estos planes.

En pocas palabras, tiene que haber un seguimiento, un acompañamiento y una reformulación constante de estos planes conforme a las necesidades y dificultades que los productores encuentran en la ejecución de los mismos. Sin embargo, desde mi perspectiva, este proceso no será posible si la voz, las experiencias, y las necesidades de las comunidades campesinas no son tenidas en cuenta en los procesos de formulación y desarrollo de estos planes. Sin embargo, cuando hablo de tener en cuenta la voz de los campesinos no me refiero a hacer un par de entrevistas y dar por zanjada o solucionada la discusión.

En alguna de las conversaciones que tenía con Isaac, él solía mencionarme, cómo en estos programas, las personas que ejecutan y verifican el cumplimiento de las normas orgánicas

aplican a rajatabla la normatividad, sin tener en cuenta o considerar las razones por las cuales el campesino optó por esa alternativa. Desde su posición, esto es problemático no solamente porque no se escucha al campesino, sino porque aquello que no les está funcionando no es tenido en cuenta para buscar una solución. Para Isaac, esto se puede deber quizás a que: “solo uno como campesino sabe lo que es pisar piedras en el monte y vivir con la cara en la tierra; situaciones que esa gente [los que hacen los planes y verifican su ejecución] no está acostumbrada a vivir o no entiende”. Por tal razón, más que realizar unas entrevistas, incluir la voz de los campesinos, sus necesidades y dificultades, pasa por realizar un ejercicio consciente de estar allí con las personas, de compartir con ellas su cotidianeidad y, más que nada, de estar abiertos a aprender de la mano de ellas. De entender cómo se han consolidado y cómo se construyen en el día a día estos planes y prácticas. Así mismo, de entender qué solicitudes emergen en los contextos durante estos planes, o que procesos anteriores han tenido en las maneras de cultivar, vivir y pensar la vida en Boquerón, para desde allí las maneras en las que estos planes pueden relacionarse con estas formas de hacer, o necesitan reformularse, para beneficiar de manera más completa a la comunidad.

Finalmente, antes de cerrar con futuros caminos de investigación, me parece fundamental evidenciar la manera en la que esta tesis podría anclarse en un panorama mucho más amplio, y cómo desde este caso tan local podrían plantearse reflexiones mucho más amplias. En la situación actual del país, el caso de Boquerón podría contribuir a iluminar varias realidades. Sin embargo, hay dos que me parece fundamental evidenciar: las estrategias de manejo de zonas de reserva o de conservación en la que existe población campesina, y los planes de sustitución de cultivos ilícitos bajo la estrategia de la producción orgánica. En el contexto nacional, un debate que ha tomado amplia relevancia ha sido la conservación de los ecosistemas estratégicos que, como la Sierra Nevada de Santa Marta, se piensan como lugares que han de ser preservados tanto por su riqueza en términos de biodiversidad como por los servicios ambientales que prestan.

En estos contextos, la población campesina que aquí habita ha visto la necesidad de legitimar su presencia en estos lugares frente a una narrativa que los encasilla como

depredadores de la naturaleza o como posibles riesgos para la biodiversidad. A pesar de que en Boquerón esta narrativa no es tan fuerte, las prácticas de manutención de los recursos naturales que aquí se desarrollan me parece que pueden ser claves para mostrar cómo en estos espacios no es que los campesinos sean depredadores, sino que sus estrategias de manutención de los recursos no necesariamente se compaginan con las ideas más estrictas y estrechas de lo que se considera como conservación. Que hay conocimientos y prácticas muy puntuales que buscan un equilibrio entre la posibilidad de mantener el recurso pero también de poder aprovecharlo, y que es necesario considerar, comprender e inclusive visibilizar. Así, esto me parece clave para un contexto en el cual, ante esta narrativa que los criminaliza, los campesinos están intentando reivindicar y legitimar su papel y su permanencia en zonas de conservación ambiental.

En segunda medida, otro elemento que me parece puede anclarse con el caso de Boquerón es todo el proceso de sustitución de cultivos ilícitos y su posterior reemplazo por programas de producción agrícola. Si bien Familias Guardabosques finalizó hace muchos años en el país, una de las estrategias que actualmente se está considerando en el marco de la lucha contra las drogas y el cultivo de coca, ha sido la sustitución de cultivos y la posterior implementación de proyectos productivos. En el marco de un proyecto de esta envergadura, que ya tiene un fuerte antecedente como lo es la Sierra Nevada de Santa Marta, e inclusive que tiene un referente como Boquerón, la particularidad de la vereda se hace clave para pensar el proyecto mismo y para aprender precisamente de aquello que no funcionó del todo.

Para pensar no solo los alcances de la política pública y la implementación del programa como tal, sino también la necesidad de que estos planes más que buscar “acabar con la coca”, sean estrategias planteadas de manera mucho más consciente para las localidades en las que se van a implementar. En pocas palabras, que sean programas que busquen dar solución a las necesidades que emergen de contextos complejos y que permiten que la coca se convierta en una alternativa económica viable para las comunidades. Programas que tengan un seguimiento efectivo y un acompañamiento real para que los campesinos puedan implementarlos e inclusive reformularlos conforme a las necesidades que emerjan en su

realización; para que realmente vean en ellos una alternativa viable y útil para su vida en estos lugares.

A manera de cierre de esta tesis, me gustaría proponer un camino más de investigación alrededor de la inserción de planes gubernamentales. Boquerón es un contexto sumamente complejo. Aunque las épocas de bonanza, el café, los desastres naturales y el cultivo de pancoger, son algunos elementos necesarios para comprender la vereda, no son suficientes para explicar lo que esta es y ha sido a lo largo de los años. De la misma manera, a pesar de que los programas orgánicos son un aspecto central en la vida de los campesinos, otros proyectos se están erigiendo con fuerza en la vereda. Durante las últimas semanas de mi trabajo de campo, en Mayo de 2018, en la vereda comenzaron a desarrollarse de la mano de EcolSierra y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), unos proyectos de turismo comunitario. Aunque el proyecto lleva en ejecución ya casi un año, hasta Mayo se había comenzado a ver los primeros materiales para finalizar la adecuación de las cabañas y recibir los primeros turistas.

Este proyecto comenzó a realizarse en el marco de una estrategia del PNUD para fortalecer la producción de café, al tiempo que se buscaba generar ingresos extra para las familias a través del turismo. Sin embargo, más que generar un ingreso para los caficultores, las fallas institucionales para comunicar los objetivos y la población a la que iba dirigido el proyecto, generaron que aquellos que recibieron ayudas para el café, no fueran incluidos en los planes de turismo y viceversa. En consecuencia, al interior de la comunidad se han creado varias tensiones no solamente alrededor del plan como tal, sino de los espacios que van a estar o no incluidos en los recorridos que se ofrecen en los planes de turismo. Así mismo, se han creado varias rencillas alrededor del uso de ciertos recursos y espacios como pozos, cascadas o caídas de agua. Esto debido a que varias personas interesadas en impulsar el turismo han ingresado personas extrañas, y sin autorización de los dueños, a varias fuentes de agua al interior de las fincas. En esta situación, me parecería interesante intentar comprender las formas de aprovechamiento, uso y manejo de los recursos naturales que se configuran a partir de la implementación del proyecto de turismo y café propuesto por el PNUD.

## REFERENCIAS

- Bocarejo, D. (2018). “Gobernanza del agua: pensar desde las fluctuaciones, los enmarañamientos y políticas del día a día”. *Revista de Estudios Sociales*, Vol. 63: 111-118.  
<https://dx.doi.org/10.7440/res63.2018.09>
- Boke, C. (2016). “Care”. *Theorizing the Contemporary. Cultural Anthropology* [sitio online]. Disponible en: <https://culanth.org/fieldsights/913-care>
- CENICAFÉ. (2006). “Introducción”. Tratamiento anaerobio de las mieles de café. Disponible en: <https://www.cenicafe.org/es/publications/bot029.pdf>
- CGIAR Research Program on Water, Land and Ecosystems (WLE). 2018. “Upper river basin watersheds: sustainable, equitable and profitable interventions”. Colombo, Sri Lanka: International Water Management Institute (IWMI). CGIAR Research Program on Water, Land and Ecosystems (WLE). (Towards Sustainable Intensification: Insights and Solutions Brief 6). doi: 10.5337/2018.205
- Cooperativa de Caficultores y Agricultores de la Sierra Nevada de Santa Marta (Cooagronevada). (2017). “Reglamento interno para la producción y comercialización del café orgánico. Reglamentos CE (834/2007-889/2008), JAS, NOP, Resolución 0187/2006 o Resolución 199/2016, Comercio Justo ID 22180 y Women's Care”. Cooagronevada: Santa Marta.
- El Espectador (2018). “El precio interno del café ha caído cerca de 16% en el último año: FNC”. *Diario El Espectador* [versión electrónica]. Disponible en: <https://www.elespectador.com/economia/el-precio-interno-del-cafe-ha-caido-cerca-de-16-en-el-ultimo-ano-fnc-articulo-812451>

- Eriksen, C. (2007). "Why do they burn the bush? Fire, rural livelihoods and conservation in Zambia". *The Geographical Journal*. Vol 173 (3): 242-256.
- Escobar, A. (1988). "Power and visibility: Development and the Invention and Management of the Third World". *Cultural Anthropology*. Vol. 3(4): 428-443.
- Escobar, A. (1998). " Whose Knowledge, Whose nature? Biodiversity, Conservation, and the Political Ecology of Social Movements". *Journal of Political Ecology*. Vol 5(1): 53-82.
- Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Fundación Editorial el perro y la rana: Caracas.
- Escobar, A. (2012). "Desplazamientos, desarrollo y modernidad en el Pacífico colombiano". En: *Más allá del Tercer Mundo: globalización y diferencia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH): Bogotá. (pp. 49-65).
- Gómez, S. (2012). Las tensiones de los mercados orgánicos para los caficultores colombianos. El caso del Valle del Cauca. *Cuadernos de desarrollo rural*, Vol. 9 (68), 65-85.
- Google. (s.f.). "Ubicación de la vereda el Boquerón" [mapa tomado de Google maps]. Disponible en: <https://www.google.com/maps/place/Vda.+El+Boqueron,+Santa+Marta,+Magdalena/@11.2197007,-73.9893648,15z/data=!3m1!4b1!4m5!3m4!1s0x8ef4ec557baa15e7:0x584f2f2f83cd2649!8m2!3d11.21968!4d-73.98061>
- Gupta, A. (1998). *Postcolonial developments: Agriculture in making the modern India*. Duke University Press: Londres.

- Gutiérrez, A. García, L. Parra, M. y Rosset, P. (2017). “ De la supresión al manejo del fuego en la Reserva de la Biosfera La Sepultura, Chiapas: perspectivas campesinas”. *Región y sociedad*. Vol. 70: 31-70.
- Haraway, D. (2008). *When species meet*. University of Minnesota Press: London.
- Jasanoff, S. (ed.) (2004). *States of knowledge: The co-production of science and social order*. Routledge: Nueva York.
- Laban, P. (2005). “Rights and Local Accountability in Sustainable Water Management”. EMPOWERS Regional Symposium: End- Users Ownership and Involvement in IWRM. Simposio realizado en El Cairo, Egipto. Disponible en:
- Lyons, K. (2014). “Soil science, development, and the elusive nature of Colombia's Amazonian Plains. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, Vol. 19: 212-236.
- Nygren, A. (1999). “Local Knowledge in the Environment–Development Discourse: From dichotomies to situated knowledges”. *Critique of Anthropology*. Vol. 19(3): 267–288.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (1992). “Convenio sobre la Biodiversidad Biológica de la Organización de las Naciones Unidas”. Disponible en: <https://www.cbd.int/doc/legal/cbd-es.pdf> .
- Puig, M. (2017). “Alter Biopolitics”. En: *Matters of care: Speculative ethics in more than human worlds*. University of Minnesota Press: Minneapolis. (pp. 125-168).
- Red de Productores Ecológicos de la Sierra Nevada de Santa Marta (EcolSierra). (2014). “Manual del productor ecológico y de comercio justo”. Red de Productores Ecológicos de la Sierra Nevada de Santa Marta EcolSierra: Santa Marta.

Resolución 02 de 2016: Por la cual se unifican y actualizan y modifican las normas de calidad del café verde en almendra para exportación. Federación Nacional de Cafeteros. Disponible en: [http://www.cafedecolombia.com/static/files/Resoluci%C3%B3n\\_2\\_de\\_2016\\_caf%C3%A9\\_verde.pdf](http://www.cafedecolombia.com/static/files/Resoluci%C3%B3n_2_de_2016_caf%C3%A9_verde.pdf)

Ríos, E., Cotler, H., Pineda, R., & González, I., Galindo, A. (2013). Cuencas Hidrográficas: Fundamentos y Perspectivas para su manejo y gestión. Cuadernos de divulgación ambiental de la Secretaría de Medio ambiente y Recursos Naturales: Coyoacán.

Serna, D. (2010). “Las premisas de la selva. Representaciones de la naturaleza en una zona de colonización campesina”. En Del Cairo, Carlos & Chaves, Margarita (Comp.) *Perspectivas antropológicas de la amazonia contemporánea*. Bogotá: ICANH y Pontificia Universidad Javeriana (335-361).

Shepherd, C. (2004). “Agricultural hybridity and the pathology of traditional ways: The translation of desire and Desire and Need in Postcolonial Development”. *Journal of Latin American Anthropology*, Vol. 9: 235-266.

Shepherd, C. (2006). “From in vitro to in Situ: On the Precarious Extension of Agricultural Science in the Indigenous 'Third World'”. *Social Studies of Science*, Vol. 36(3): 399-426.

Sight, N. (2013). “The affective labor of growing forests and the becoming of environmental subjects: Rethinking environmentality in Odisha, India”. *Geoforum* (47): 189-198.

Van Doreen, T. (2015). “A Day with Crows: Rarity, Nativity and the Violent-Care of Conservation”. *Animal Studies Journal*, Vol. 4 (2), 1-28.

Van Koppen, B. (2009). Guidelines for local-level integrated water resource management:

based on experiences from the SADC IWRM demonstration projects in Malawi, Mozambique, Namibia, Swaziland and Zambia. Pretoria, South Africa: SADC/Danida Water Sector Support Programme; Pretoria, South Africa: International Water Management Institute (IWMI).